



BARÓN BIZA

Alegatos para las defensas penales de
El Derecho de Matar y Punto Final

Redactados por Néstor Aparicio y Aristóbulo Aráoz de Lamadrid



Raúl Barón Biza (1899-1964)

Textos restaurados por Federico Alejandro Minolfi

La ilustración de la portada pertenece a la serie “Caprichos” de Francisco de Goya.

Las portadas reproducidas en el interior pertenecen a la primera edición de *El Derecho de Matar* y a la edición en rústica de *Punto Final*.

Las frases citadas al inicio de cada sección pertenecen a Raúl Barón Biza. La primera de ellas fue incluida como epígrafe de la segunda edición de *El Derecho de Matar* en 1935. La segunda fue pronunciada ante la prensa por el autor en oportunidad de su primer procesamiento por obscenidad.

BARÓN BIZA

ALEGATOS

Defensas penales presentadas por los
Dres. Néstor Aparicio y
Aristóbulo Aráoz de Lamadrid



LA PORNOGRAFÍA EN LOS LIBROS ESTÁ
EN PROPORCIÓN A LA DEGENERACIÓN
DEL CEREBRO LECTOR.

NÉSTOR APARICIO¹

Señor juez:

He oído la acusación del Ministerio Fiscal, quien de acuerdo a los antecedentes reunidos en el proceso instruido al escritor Raúl Barón Biza, considera que debe condenarse a éste por haber violado la disposición del artículo 128 del Código Penal, con su libro titulado *El derecho de matar*.

Habiéndoseme encomendado la defensa voy a contestar esta acusación injusta, con la aspiración fundada en la ley, en la jurisprudencia y de la ecuanimidad de los funcionarios, de que sea rechazada, absolviéndose de culpa al señor Barón Biza.

PROPÓSITO DIFAMATORIO Y PERSECUCIÓN POLÍTICA.

Sólo con un propósito difamatorio y como resultado de una persecución política sistemática y encubierta podría explicarse la actitud de la policía al encausar a mi defendido por el delito de haber publicado *El derecho de matar*.

La prueba fehaciente de la difamación puesta en juego por los encargados de velar por la tranquilidad pública es el comunicado oficial de la Jefatura, sembrado a todos los vientos, en el cual se llega a ciertas conclusiones que sólo pueden surgir de un sumario previamente instruido y juzgado por autoridad competente y no por un jefe de Policía.

Se ha intentado varias veces involucrarlo en asuntos en los cuales era ajeno en absoluto, sin resultado favorable para los perseguidores. Uno de los procesos estuvo radicado en este mismo juzgado, por la publicación del periódico “La Víspera”, y ante la prueba de lo inconcebible de la acusación, se le sobreseyó definitivamente, con la expresa conformidad del señor fiscal aquí presente, doctor Etchegaray.

Gran asombro y pena causó uno de los procedimientos arbitrarios de la policía al presentarse, hace poco tiempo, sin orden judicial, sin

¹ Presentado en el proceso de 1934. Publicado en 1935 en la segunda edición de *El Derecho de Matar* y repetido en todas las ediciones posteriores. Barón Biza luego se enemistó con este abogado y lo ridiculizó en *Punto Final* bajo el mote de “Don Aparición”.

proceso, a allanar, a las once de la mañana, las oficinas comerciales de mi defendido, donde además de los intereses del acusado, se atienden los de sus familiares por valor de varios millones de pesos, con el inaceptable y deleznable recurso de que se violaba la ley de juegos. ¡Inconcebible!

Ahora se inicia un proceso por la publicación de su última novela, y como para justificar el atropello es menester un pretexto, la Jefatura de Policía, en el acto de la detención de Barón Biza, se apresuró a dar comunicados periodísticos y radiotelefónicos, informando que dicha detención no tenía origen político sino que se le instruía sumario por los términos en que está escrito *El derecho de matar*, haciendo apreciaciones que solamente están reservadas al señor Juez, en oportunidad de dictar sentencia definitiva.

MUTISMO Y HUELGA DE HAMBRE

Pues bien, señor juez; contra el abuso de la fuerza al servicio de persecuciones y malas causas, el señor Barón Biza, que no concibe los términos medios, resolvió encastillarse en el mutismo ante el inquisidor interrogatorio policial, y en la huelga de hambre, como suprema protesta de la individualidad humana.

Mido en todo su alcance la actitud del señor Barón Biza, quien, a pesar de ser respetuoso de las leyes de su patria, desde su regreso a ella no ha tenido tranquilidad, siendo objeto de múltiples e injustas persecuciones que culminan con esta acusación. De ahí que Barón Biza ofrendara su vida en aras de su patrimonio moral. Su actitud, digna de todo elogio, fue una protesta viril contra el poder de la fuerza. Y la justicia, por intermedio de un digno magistrado, comprensivo de una dignidad humana herida, puso fin con resoluciones provisionales al holocausto de su vida, que brindara un pensador en defensa de sus ideas, decretando su libertad bajo caución.

ACUSACIÓN Y DEFENSA.

En esta audiencia entramos al debate el Ministro Fiscal, que se ha hecho eco de la acusación, y la defensa, que se me ha encomendado.

Entro seguro a cumplir mi misión con el convencimiento pleno de que la razón y la justicia están de nuestra parte, mientras que a pesar del respeto que me merece el señor fiscal aquí presente, es mi íntima convicción de que ahoga su libre pensamiento, para ejercitar, como imperativo de la hora presente, una ingrata misión: la de amordazar ideas.

Acusa, no porque tenga convencimiento de ello, pues le conozco preparado e inteligente. Lo hace obligado por un procedimiento erróneo impuesto en circulares oficiales, que ya el diario “El Mundo”, con mucho acierto, fustigó en uno de sus últimos editoriales. El Poder Ejecutivo, por intermedio de un decreto, impone que se acuse y que se apele, considerando al señor fiscal como un simple mandatario del Fisco, en olvido lamentable de la otra función judicial de guardadores de la sociedad herida por transgresiones castigadas por el Código Penal. En esta segunda función pública no caben más imposiciones ni mandatos expresos que el de la conciencia del funcionario, en aplicación estricta del texto expreso de la ley.

Por ello, a mi juicio, hubiera correspondido, en hermosa reivindicación de sus fueros, más que una acusación del señor fiscal, una brillante pieza jurídica, que en sus conclusiones coincidiera con mi defensa, uniéndose a mi petición de que se absuelva de culpa y cargo al señor Barón Biza, en homenaje a los principios constitucionales y jurídicos que se han vulnerado con su prisión.

LA OPINIÓN PÚBLICA

Hecha la acusación fiscal, entro a rebatirla, con la esperanza de encontrar en la oportunidad debida, si, como espero, el juzgado dictara la absolución, la conformidad del Ministerio Público.

Me afirmo aún más en ésta mi creencia ante la lectura de múltiples defensas que infinidad de diarios del país han hecho de este caso, elogiando sin reservas el libro *El derecho de matar*, llamándome especialmente la atención algunos de ideología distinta a la de mi defendido, entre ellos *Bandera Argentina*, que desde sus columnas ha hecho fuego graneado a Barón Biza, y el redactor, después de haber leído el libro, confiesa hidalgamente que se han equivocado, a pesar de que mantienen su posición de adversarios, agregando que el jefe de Policía ha cometido una lamentable arbitrariedad (número de 1 de diciembre del diario citado). Los diarios en general han opinado favorablemente. Su uniformidad refleja el sentimiento popular y si la opinión pública ha dado su veredicto no considerándose lesionada, espero tranquilo el fallo de esta causa, que no podrá ser otro que el de la absolución.

QUIÉN ES BARÓN BIZA

Barón Biza me ha encomendado su defensa, en el doble carácter de letrado y amigo personal, condiscípulo en la infancia y conocedor de su espíritu, incomprendido para muchos que sólo saben de temor, de genuflexiones y de utilitarismos.

De sus treinta y cinco años durante veinte recorrió todos los continentes del mundo, conviviendo la sociedad de todas las razas y de todas las civilizaciones. Escritor, novelista, con espíritu observador estudió y retuvo los pasajes más variados de la vida humana, para estamparlos en obras; en unas, relatando lo visto, y en otras, apuntando defectos sociales con el sano propósito de que fueran corregidos.

Hace cuatro años, más o menos, regresó a su patria, ansioso de trabajar sus bienes y publicar en ella sus obras. Muy lejos de los entretelones de la política y de la maraña social, se vio un día violentamente privado de su libertad y obligado a salir del país, no llegando a comprender –tan rudo y arbitrario fue el proceder– si realmente se encontraba en su patria, aquella que fue ejemplo de libertades y respetos, o sí, por el contrario, había sido suplantada aquella por una región incivilizada. Repuesto de su sorpresa, allende el Plata, contempló la Argentina destrozada por la pasión política, imperando en ella la fuerza, encarcelados hombres dignos, violada la Constitución, y entonces puso su corazón y su brazo a favor de la causa justa: la del pueblo, la del imperio de la Constitución, jurando ante ella y el pabellón Nacional y en homenaje de los patricios que nos dieron la libertad.

Defendió siempre a los humildes, ayudó a muchos hogares. Uno de sus rasgos más conocidos fue tender su mano generosa a cientos de argentinos que, encaramados en los coches de Ferrocarril, querían llegar a esta Capital, desde Córdoba, a dar el último adiós al Dr. Yrigoyen, el representante legítimo de las aspiraciones populares, que fue llevado en inolvidable apoteosis a su postrer morada. Más de cuatrocientos niños se educan actualmente en el “Colegio Barón” de Ramos Mejía, gracias a la generosidad de mi defendido, donación de más de un millón de pesos, hace aún poco tiempo. Fresca está todavía, en el pueblo argentino, la tragedia aeronáutica que ensombreció la vida de este digno compatriota, cuando allá en Marayes cayó Myriam Stefford, marcando rutas al progreso y a los hombres; y los premios, por muchos miles de pesos, que en su memoria ofreció al gobierno, para que se disputara el trofeo que lleva el nombre de la primera aviadora muerta en tierras sudamericanas. Son muchos los casos de filantropía práctica que podría citar de mi defendido. Este es el acusado en persona.

El novelista adquiere, según su propósito, orientaciones diversas, defendiendo también diversas tesis o fijando rumbos filosóficos y morales, y así he escrito libros (*Del Ensueño*, 1917; *Alma y Carne de mujer*, 1922; *Risas, lágrimas y sedas*, 1924; en prensa: *Por qué me hice revolucionario*) y múltiples crónicas en diarios de diferentes países del mundo, y a pesar del filo de su palabra escrita, es la primera vez que se le acusa.

De acuerdo a las condiciones personales del acusado y a sus tendencias como escritor, no es posible aceptar, ni en hipótesis, que la publicación de su libro *El Derecho de Matar*, encierre un propósito inmoral.

QUÉ PIENSA BARÓN DE SU LIBRO

Trataré, señor Juez, de sintetizar en la forma más fiel posible, lo que me expresara mi defendido al referirme a este proceso y a su libro *El Derecho de Matar*.

“Decid al señor Juez, que la defensa está en el libro, ¡en todo el libro! Una frase o un concepto aislado forma un hecho sin importancia con respecto al concepto general de la obra. Si los escritores tuviéramos que emitir nuestras ideas, con el Código Penal a la vista, no podríamos dejarnos llevar por la fantasía de nuestro cerebro y no podríamos producir lo que llamamos: la ‘obra’. Estoy tan distante de la acusación que hace la Policía por intermedio del señor Fiscal, que si hubiera perseguido lucro, único fin que puede llevar a publicar un libro obsceno, habría cuidado muy bien, por elemental concepto de dignidad, de complicar mi nombre de soldado del partido político más popular y respetable del país, de escritor y de hacendado, con la baja literatura de los tarados morales. ¡Qué distancias siderales de años luz, entre el criterio de la acusación y el propósito de bien que persigo! Cualquier pasaje de mi libro que haya llamado la atención, puedo probar que no es sino la reproducción de escenas reales. Todas ellas han sido relatadas con hartura de detalles por la prensa del país y he creído prudente –pese a su realidad– no dar nombres propios, porque no es mi propósito denunciar, sino relatar hechos como ejemplo de anomalías morales que es preciso combatir. He querido simbolizar el poder de la voz del sexo, esa voz de la naturaleza, la más poderosa, la más brutal de nuestro instinto. Por ello los Tribunales de Justicia juzgan desde hace siglos la violación, el adulterio, lo mismo que al enamorado que mata a su novia que lo rechaza, como la traición del amigo, del hermano, más aún del propio padre. Warron dice: ‘Verdades hay que el vulgo no ha de saber, falsedades en que es bueno que crea’. Yo analizo, no legislo. Yo señalo un hecho, formulo un juicio, para que los otros encuentren la solución, digo en mi libro. Y he llevado mi libro sin pornografía, sin intención obscena, con toda altura, sin prejuicios, para señalar a los hombres lo contrario que señala Warron, es decir, que la verdad no debe cubrirse ni con la niebla, como única forma de llegar a una verdadera educación moral y a los legisladores el problema del sexo que es más importante que cualquier otro problema social. No es posible juzgar un libro por un párrafo, como no es posible juzgar una pintura, por una milésima parte de la misma. ¿Qué asusta en mi libro? ¿La verdad? ¿Puede negárseme el propósito moral cuando el protagonista (tomado de pedazos de lo visto, escuchado y leído), encontrándose aislado en sí mismo, se confiesa que ha

vivido equivocado; que la fatalidad, el instinto o el hambre guiaron sus pasos por senda oblicua y se condena a sí mismo por ello, al máximo castigo que imponen los hombres?

Si en la liberal Francia, en la timorata Suiza o en la puritana Inglaterra publicara mi libro, pasaría desapercibido como hubiera pasado aquí mismo, si intereses encubiertos no se hubieran sentido afectados.

El señor Fiscal, al acusar, no ha leído mi libro, no puede haberlo leído; quizás algunos párrafos aislados lo hayan impresionado. Por ello sostengo que tal acusación ha sido prematura. Espero tranquilo el fallo del señor Juez; él será la prueba de que aún se mantiene la más grande conquista del hombre, la de emitir su pensamiento, la de dar ideas nuevas, y señalar defectos para remediarlos.

SE PRETENDE DAÑARME ANTE EL CONCEPTO

PÚBLICO

El daño moral que se me pretende hacer ante el concepto público y que la Policía ha querido alcanzar por intermedio del señor Fiscal, tiene antecedentes personales: Yo he procesado una vez al señor Jefe de Policía, que ya en otra oportunidad trató de hacer sombra a mi reputación, allanando mis escritorios comerciales, bajo el pretexto de la Ley de Juego... Veinte años de trabajo se vieron así amenazados en un instante. Algún día probaré ante quien corresponda esta sistemática persecución política y personal, de quien, por el cargo que ocupa, tiene la obligación de ser imparcial, de dominar sus rencores y no el derecho de difamar a los que militan en fuerzas opositoras. Se busca con este proceso no la condena en sí, que nada importa. Se persigue la difamación, que pierda el respeto de mis conciudadanos, de mis correligionarios políticos y la estimación de mis amigos. Pues bien, si se me vence con esas armas, si toda mi obra de bien puede destruirse en un segundo, desfigurando los hechos y sumiéndome a la par de seres que siempre repudié, yo no preciso la vida. Mis mayores me enseñaron que sin dignidad la vida no vale la pena de ser vivida. Espero el fallo del señor Juez, tranquilo sobre la tarima de este calabozo, confiando a medida que pasan los días de ayuno en el centro de la Justicia que los hombres ansiosos de ella depositaron en las dignas manos del magistrado que me ha de juzgar”.

ETIMOLOGÍA E INTERPRETACIÓN DE LA VOZ CASTELLANA “OBSCENO”

La voz castellana “obsceno”, procede del latín “obscenus”, y en esa lengua muerta, su origen etimológico es oscuro, si bien está averiguado que su primitivo significado era “mal agüero” o “agüero

desfavorable”, de donde se aplicó a toda cosa o acto “chocante”, “repelente”. Más tarde se redujo su concepto a lo “ofensivo a la modestia y al pudor” y a lo “repugnante a los sentidos”. De aquí que pasara al castellano y demás lenguas neolatinas como expresión de “lo repulsivo, lo contrario a la decencia, lo ofensivo al pudor en forma abierta y descarada”. Por ello en el lenguaje corriente, tal interpretación nos lleva a designar como “obsceno”, lo que es torpe, torpemente impúdico. Claro está que para la moral teológica su significado es mucho más alto, pues abarca, según los cánones, no sólo las obras y los actos, sino las palabras y hasta los pensamientos interiores, que estén manchados de impureza.

Pero la Ley no reprime el pecado religioso, sino el acto público contrario a la honestidad, en forma de publicación que ofenda torpemente al pudor y el Arte no tiene límites fijados para sus incursiones en la Naturaleza, especialmente cuando se trata de la relación de su vida, costumbres, deformaciones morales y mentales, vicios, degeneraciones, etc.

EL DERECHO DE MATAR ES NOVELA

Barón Biza es un gran argentino. En un libro en prensa, titulado *Por qué me hice revolucionario*, relata parte de su vida y expresa nobilísimos sentimientos de amor a la patria, aspirando a que ésta sea más grande y mejor. En él refiere la lucha que tuvo que soportar para impedir que tanto el derecho a la libertad, que es inalienable como el de asilo, expresión de los pueblos civilizados, fueran desconocidos, historiando la intervención que respectivamente tuvieron sus letrados los doctores Néstor Massena y Silveyra Martins en Brasil, Dr. Rodríguez Larreta en el Uruguay y el que habla en la Argentina.

Pero en *El derecho de matar*, forja personajes y los hace desempeñar roles imaginarios, poniendo en sus labios críticas acerbas a todo lo existente. Crea un protagonista exótico que, sin las vallas que oponen la sociedad a la expresión del pensamiento, habla crudamente, diciendo lo que todo el mundo calla ya sea por convicción o por cobardía.

El argumento de la obra se desarrolla entre personajes de mal origen, pero que habiendo adquirido educación y hecho experiencia en carne propia conocen de las consecuencias de la perversión humana.

El principal personaje de la obra es Jorge Morganti, fruto de ambiente malsano, que desde su pubertad siente el influjo de los sedimentos fisiológicos y morales adueñados de los estratos más íntimos de su conciencia y, con prematura y despierta inteligencia que con los estudios que realiza fortifican su capacidad mental, califica los defectos de la vida humana sin ambages ni eufemismos.

Relata con pinceladas maestras hechos que son reales, describiéndolos con crudeza, no para excitar al lector sino que presenta los cuadros de horror de la vida, persiguiendo el propósito de su corrección; si otro fuera su empeño buscaría términos menos gráficos y cantaría loas al vicio, con la galanura sedosa que es menester para perturbar los sentidos en deslizamientos morbosos.

Al conocimiento y a la inteligencia de Morganti se une el consejo de su progenitor, que en vísperas de renunciar a la vida le historia su existencia a través de los diversos países del mundo que recorriera, haciéndole resaltar el resquebrajamiento de la moral que observara, convirtiéndolo en un escéptico y descreído.

Al referirse a la mujer, Jorge Morganti se siente herido por las palabras de su padre al recordar a la autora de sus días y da motivo ese incidente, a un pasaje hermoso del libro, cuya lectura nos demostrará que lo grande y lo sublime, la suprema verdad del sentimiento humano, es exaltada sin reservas en líneas magistrales.

NO PUEDE HABER INMORALIDAD

Un libro, señor Juez, de alta filosofía, que presenta en contraposición a las lacras de la humanidad, párrafos sublimes como los leídos, no puede merecer sino aplauso, porque si bien exhibe los hondos males sociales, alaba sin reservas, las excelsas virtudes. Y en esto no hay, no puede haber inmoralidad.

Envuelto Morganti en el rodaje social, se deja llevar por sus sentimientos y aspiraciones, hasta que recibe el rudo golpe final que destruye el último reducto íntimo, y armado de su revólver, va a matar, pero... para su espíritu lo pasado es obra del miedo ambiente, de los vicios, de la educación incompleta, llena de reservas que ocultan la verdad, y siente que para reformar todo es necesario destruir, pero no destruir por la destrucción misma, sin finalidad, sino que es menester rehacer mejor, modificar la sociedad, los sentimientos, la vida, el mundo pero como esa obra es más grande que sus fuerzas y posiblemente sea él quien esté de más, reflexiona y dice: “No puedo yo cambiar el mundo, soy demasiado débil, no puedo estrujarlo, romperlo... ¡El mundo existe porque yo existo! Yo podría destruir no solamente el mundo que habito, sino todo el universo, destruyéndome...”

NO ES UN LIBRO EXTREMISTA

Tampoco puede tildarse *El derecho de matar*, como un libro extremista, ya sea de derecha o de izquierda, ni de centro siquiera, por cuanto las lides políticas no interesan al autor de esta novela; prueba de ello es que el protagonista de mandobles a diestra y siniestra, y no tiene reservas para censurar a los ricos y a los pobres, a la burguesía y al proletariado, a las monarquías como al soviét, a cada uno según su conducta, demostrando en esa forma que no lo ha guiado ningún fin utilitario.

LA VERDAD NO ES OBSCENA

El autor, señor Juez, pone en boca de los personajes de su libro un comentario rudo, varonil, sobre algunos aspectos de la miseria humana con el único empeño de exhibir la verdad y la verdad nunca es obscena y menos cuando se la presenta como una enseñanza de bien social. Desnudar el vicio para hacerlo execrable tal es el propósito de Barón Biza, lejos de provocar o incitar los bajos instintos hace abominarlos y prevenir sus horrores a los que cruzan el mundo con los ojos vendados. El autor –que no es un renegado ni un sectario– por su posición social y económica y por su cultura superior, está a cubierto de toda sospecha que pueda contraponerse con la fuerza moral del nativo, más rebelde que acomodaticio, más combativo que contemplativo. Por otra parte, Barón Biza no busca con su novela ni la gloria literaria ni el éxito pecuniario; sólo se propone, valerosa y noblemente, describir a su modo un cuadro de flaqueza junto a grandes virtudes que resplandecen en el corazón del hombre y dignifican su destino en la vida.

CUANDO SE OYE DECOROSAMENTE NO HAY NADA QUE NO SEA LIMPIO

El maestro Marañón ha dicho: “Mi experiencia del lector y del autor me convence, cada día, con mayor firmeza, de esta verdad, que seguramente se ha dicho ya muchas veces, a saber: que las cosas, en su aspecto moral, no son casi nunca buenas o malas en absoluto; y que su eficacia positiva o negativa depende, en mayor proporción, del oído que las escucha, que de los labios que la pronunciaron. Cuando se oye decorosamente, no hay nada que no sea limpio y ese decoro inatacable no reposa en la inocencia sino precisamente en el conocimiento”.

ES UN LIBRO MORALIZADOR

Puede afirmarse, señor Juez, que *El Derecho de Matar* es un libro moralizador, de sana crítica social, bien escrito, con gran fondo filosófico y de sus páginas vibrantes de verdad, surge la convicción del sacrificio noble que debe realizar la sociedad para corregir los funestos errores que la han subvertido.

Los estudiosos que observan celosamente el período de descomposición social que nos precipita a la ignorancia, sostienen, como afirma el autor de *La Mesa de las Confesiones*, que “es necesario reaccionar rápidamente, oponer fuerte dique al conjunto arrollador de los bajos instintos de las pasiones insanas, de las perversiones abominables, que transforman la familia en un centro inmoral y de los intereses mezquinos que la convierten en una operación mercantil...” “es necesario –sigue el autor– reaccionar antes de que la catástrofe moral sobrevenga en forma definitiva y de la ausencia total de respeto entre los seres, de la amalgama de tan torcidos sentimientos y del desenfreno en que se vive, no quede del individuo sino el resto que aún tenga de su propia animalidad”.

¿Puede darse mayor aspiración moral? ¿No es un alto propósito que implica toda una religión superior? ¿No es éste un ideal verdaderamente cristiano?

¿PARA QUÉ HA NACIDO EL HOMBRE SI NO ES PARA SER UN REFORMADOR?, DICE EMERSON

“Debemos revisar –dice Emerson, el gran eticista, en su discurso *El Hombre Reformador*–, toda nuestra estructura social, el Estado, la escuela, la religión, el matrimonio, el comercio, la ciencia, y examinar sus fundamentos en nuestra propia naturaleza; nosotros –afirma el maestro– no debemos limitarnos a constatar que el mundo ha sido adaptado a los primeros hombres sino preocuparnos de que se adapte a nosotros, desprendiéndonos de toda práctica que no tenga, sus razones en nuestro espíritu. ¿Para qué ha nacido el hombre –interroga– si no es para ser un Reformador, un Rehacedor de lo que antes hizo, el hombre, para renunciar a la mentira, para restaurar la verdad y el bien, imitando la gran Naturaleza que a todos nos abraza sin descansar un instante sobre el pasado envejecido, rehaciéndonos a toda hora, dándonos cada mañana una nueva jornada y una pulsación de la vida nueva?” Y Emerson continúa su discurso magistral para terminar expresando que el hombre debe renunciar a todo lo que ya no tiene por verdadero y que debe remontar sus actos a su idea primera, no debiendo hacer nada donde no comprende que el Universo mismo le da razón.

INGENIEROS, EL ORIENTADOR DE LA JUVENTUD ARGENTINA

El derecho de crítica y de libre examen ha escrito Ingenieros, el orientador de la juventud argentina, se prolonga hasta las fuentes mismas de la moralidad humana, es el derecho de buscarlas, de afirmarlas, de aprovecharlas para el porvenir, impregnando de ellas la educación, ajustando progresivamente a ellas la conducta de los hombres. La sabiduría antigua hoy condensada en dogmas, sólo puede ser respetable como punto de partida. Así mirada conviene respetarla y aprovechar de ella todo lo que no sea incompatible con las verdades nuevas que incesantemente se van haciendo; pero acatarla como una inflexible norma de la vida social venidera, confundiéndola con un término de llegada que nuestra experiencia está condenada a no sobrepasar, es una actitud absurda frente a la evolución incesante de toda la Naturaleza accesible a nuestro conocimiento.

¿Habremos de creer, señor Juez, que la sociedad no reacciona? ¿Que será una eterna y lastimosa verdad, aquella afirmación del mismo Ingenieros, cuando sostiene que ningún estímulo reciben de la sociedad los que piensan, los que renuevan, los que crean, los que empujan el conjunto hacia un porvenir mejor?

CÓMO SE JUZGA UNA OBRA LITERARIA O ARTÍSTICA BAJO EL PUNTO DE VISTA

El criterio para juzgar una obra literaria o artística, desde el punto de vista de su obscenidad delictuosa, tiene que ser muy amplio y sereno, como nos lo enseña la experiencia histórica en este género de producción. De ahí que la justicia de todos los países ha resuelto que una obra es delictuosamente obscena cuando el propósito evidente de su autor sólo persigue despertar los apetitos sensuales, ofendiendo torpe, abierta y descaradamente al pudor, en su concepto actual de tiempo y lugar. Pero cuando el autor se ha propuesto evidentemente un móvil distinto cual es un fin artístico o de crítica social, desaparece el carácter delictuoso aun cuando la obra contenga un asunto o pasaje de cruda descripción, que separadamente puedan reputarse como realmente obscenos. De no ser así, caerían bajo el estigma de la ley obras famosas de grande e indiscutible valor artístico, que se venden públicamente en todas las librerías y se encuentran en las mejores bibliotecas como exponente de cultura y de refinamiento espiritual de los que las poseen.

FALLOS ESPAÑOLES

Viada y Vilaseca, distinguidos comentaristas del Código Penal español, en la IV edición de su obra, tomo III, página 704, refiriéndose a las ofensas a la moral, buenas costumbres o a la decencia pública, cometidas en un libro o novela, manifiestan que pueden cometerse delitos o faltas de las previstas en el Código Penal, pero que el criterio para juzgar a ella debe circunscribirse a una previa indagación de los propósitos generales del libro o novela escrita.

Citan los autores mencionados varios fallos uniformes del Tribunal Supremo. Uno de ellos se refiere a la novela titulada *La prostituta*. Se absolvió al autor en virtud de que en la novela no se hacía la apología de las acciones calificadas malas o delictuosas, porque al describir determinadas escenas con absoluta claridad, se perseguía el propósito de hacer más aborrecible el vicio.

En otro fallo (pág. 705), el Tribunal Supremo dice que para juzgar esta clase de causas hay que apreciarlas “teniendo en cuenta la naturaleza de la publicación en que se consignan las frases o conceptos que pudieran revestir el carácter de ofensivos, así como la tendencia del autor y objeto que se haya propuesto al escribir y publicar lo escrito”. El mencionado tribunal, aplicando ese criterio a la novela llamada “La pálida”, absuelve al autor, considerando que el titulado libro no difiere de otros de su género que circulan libremente “y que cualquiera que sea la crudeza con que en él se narran ciertas escenas, la tendencia conocida del autor es la de censurar el vicio que describe”, no pueden estimarse ofendidas con su publicación, a los efectos del código, ni la moral, ni las buenas costumbres, ni la decencia pública.

En el suplemento tercero de la citada obra, pág. 444, Viada y Vilaseca citan un interesantísimo fallo del Tribunal Supremo, que se produjo al resolverse la siguiente cuestión: “La relación de una novela de actos más o menos pecaminosos o inmorales que se suponen ejecutados por personajes de la misma, ¿constituirá la falta de ofensa por medio de la imprenta, a la decencia pública, comprendida en el N° 4 del art. 584 del código, si del libro no se desprende concepto alguno que envuelva apología ni aprobación siquiera de aquellos actos?” El Tribunal Supremo, juzgando la novela titulada *Camila*, de Roberto Laporta Micó, después de relatar situaciones graves e imposibles de leer en esta audiencia, y que se consuman algunas en el Templo de Santa María, absuelve al autor, por entenderse que los hechos detallados no eran constitutivos de falta, agregándose que si bien es cierto que pueden cometerse en un libro o novela, “también lo es que para poder juzgar de su índole y trascendencia en la esfera penal, hay que atender el verdadero objeto que se propuso el autor, a la tendencia de la obra y al pensamiento cardinal que subordina el plan que le

sirve de base; y cuando el fin es poner de relieve el vicio, criticándolo, para censurarlo, no hay motivo para atribuir a la obra impresa carácter criminal, por más que el autor no haya expuesto con la pulcritud conveniente su pensamiento”. Finaliza el fallo expresando que no se desprende concepto alguno que envuelva apología ni aprobación siquiera a la relación de los actos censurables que refiere.

AUTORIDAD DE ESTOS FALLOS

Y de la severidad de este alto tribunal español, señor Juez, no podemos dudar un instante si tenemos en cuenta los siguientes fallos, citados por los autores mencionados en el suplemento I, de su obra, pág. 315-16: se condena “al que permaneció cubierto al paso de una procesión e invitado por el cura que la preside a que se descubra o retire, negándose” y al que “permaneció cubierto al paso del viático llevado en procesión a los enfermos pobres, a pesar de las amonestaciones que se le hiciera para que se descubriera”.

Me he permitido recordar estos fallos, señor Juez, porque es tradicional no sólo la severidad de los tribunales, sino de la sociedad española misma, severidad que siempre ha hecho aparecer a la madre patria como un país de verdadera intolerancia para todas aquellas liberalidades que eran comunes en los demás países de Europa. La moral española, tan rígida siempre, quizá por el imperio excesivo del catolicismo, no se sintió herida por las producciones aludidas, y cuando alguien, en un exceso de puritanismo quiso proscribirlas de la circulación, el Alto Tribunal, de quien no podemos sospechar parcialidad ni tolerancia siquiera, supo dar la sensación justa que correspondía, evitando así que la sana aspiración de los autores que combatían los vicios, las lacras sociales, exponiéndolos en toda su cruel y triste realidad, se viera defraudada con interpretaciones arbitrarias.

NO PUEDE JUZGARSE UNA OBRA POR FRAGMENTOS DE LA MISMA

Muchos son los casos en que se han juzgado obras con ligereza, ya sea tomándolas fragmentariamente, con el propósito encubierto de denunciar aquellas partes sólo posibles de reproche cuando se exponen sin el antecedente o la consecuencia, procurando así el juicio adverso, o por la influencia sugestiva de muchos hombres que pretendieron ser los censores de la producción intelectual, quizá por la propia impotencia, por su timidez o su incapacidad para modificar las fuerzas superiores que rigen el instinto humano, al que pretendieron ingenuamente corregir por medio de los diez mandamientos olvidados.

OTROS FALLOS DE RESONANCIA MUNDIAL

Muchos son los fallos que podría recordar que coinciden con los del tribunal español, pero para no dar mayor extensión a esa defensa, me limitaré, señor Juez, a recordar algunos casos de resonancia mundial.

Los jueces del Sena absolvieron *Las flores del mal*, de Baudelaire, y *Madame Bovary*, de Flaubert; Henri Barbusse, autor de *El fuego* y *El infierno*, premiado este último por la Academia de Goncourt, fue furiosamente atacado, mereciendo de los eternos críticos agrios impetuosos ataques, llegando a considerarlo peligroso para Francia. Ambos libros expresan la Verdad sin rebuscamientos de palabras ni frases que opaquen el pensamiento. Blasco Ibáñez, el genial novelista español, en su brillante prólogo al libro *El infierno*, refiriéndose a Barbusse y a su triunfo al obtener que no se mutilaran sus novelas, dice que “el autor los desarmó, como Orfeo fascinaba a las bestias feroces con la belleza de sus cantos”, afirmando luego que *El infierno* simboliza la furia de vivir que nos domina a todos. Y la conclusión de la obra es que todo está en nosotros y depende de nosotros.

Un proceso sensacional envolvió a Notari, autor de *Quelle signore*, porque aludía en su libro a la vida libre de las esposas de algunos ministros de Italia. Su defensor el Hon. Scappa obtuvo justicia y las ediciones se sucedieron luego en todos los idiomas.

“LA GARÇONNE” DE MARGUERITTE

Víctor Margueritte publicó *La Garçonne* y su aparición, por el escándalo que hicieron sus detractores, pareció conmover todo el engranaje social de Francia, pero los jueces franceses supieron interpretar el propósito de bien que guiaba al autor y el proceso culminó con la consagración definitiva de Margueritte. En nuestro país hubo oposición a la venta de este libro, pero un fallo ecuaníme e inteligente de la justicia argentina, hizo respetar la libre circulación.

MARIO MARIANI

En las vidrieras de las librerías he visto un libro titulado *Las Adolescentes*, de Mario Mariani, el gran escritor italiano, que presenta con orgullo en su tapa la siguiente inscripción: “Libro condenado y absuelto por la justicia italiana. Páginas agudas y centelleantes como espadas; libro maldito y adorado. Audaz, sincero, sin oropeles, reflejo de la vida, con sus hondas

verdades, con sus grandes miserias”. Y al lado de éste, otro libro del mismo autor, que también llamó mi atención por la sugestión de su título: *Pobre Cristo*, en cuya portada se lee este comentario del editor: “Obra satírica y demoledora de un revolucionarismo sincero y eficaz, contra el estado actual, tejiendo las bases de un posible ideal futuro”.

LA ÚLTIMA NOVELA DE LAWRENCE

Y por último, ya que entraré a recordar famosísimas obras que no son de actualidad como las que he citado, me referiré a la recientísima novela de Lawrence *El Amante de Lady Chatterley*, prohibida en la Gran Bretaña, pero admitida y traducida a todos los idiomas de los demás países, cuyo fin de crítica social ha sido defendido por su propio autor en una segunda obra, exclusivamente de tesis, titulada *La Defensa de Lady Chatterley*, vendiéndose ambas públicamente en todas nuestras librerías.

OBRAS FAMOSAS QUE, DE ESTABLECERSE ESTA INJUSTA CENSURA, CAERÍAN BAJO SU SANCIÓN ODIOSA

Me permitiré recordar, de paso, señor Juez, algunas de las muchas obras famosas de autores consagrados maestros por la posteridad, que de establecerse esta injusta censura caerían bajo su sanción odiosa: *El Arte de Amar*, de Ovidio, traducido del latín a todos los idiomas y muchas veces imitado; *Los Amores*, del mismo autor; *El Asno*, de Lucio; *Gargantúa y Pantagruel*, de Rabelais; *El Decamerón*, de Bocaccio; su imitación de los cuentos de Lafontaine; las obras de igual género de la reina Margarita de Navarra y de todos los famosos cuentistas florentinos, y, en general, italianos; *Las Mujeres Galantes*, de Brantome; las crudas descripciones de los vicios de los personajes, históricos como César Augusto, Tiberio, Calígula, Nerón, etcétera, que insertan en sus respetables y respetados tratados históricos Plutarco, Suetonio, Tácito, etcétera. Y dentro de la literatura clásica castellana, existen también numeras obras maestras de ingenio superior que no solamente tienen pasajes de escabrosas descripciones, sino que incurren en el empleo de un lenguaje escatológico, como todas las novelas picarescas. Así por ejemplo, *La Celestina*, de Rodrigo de Cotta y Fernando de Roja; *El Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza; *El Guzmán de Alfarabhe*, de Mateo Alemán; *El Buscón o Gran Tacaño*, de Quevedo, y tantas otras de renombre y aceptación mundial.

OBRAS PORNOGRÁFICAS. SU CONCEPTO

En Francia, recién en el siglo XVIII se prohibieron las obras pornográficas, es decir, aquellas exclusivamente consagradas a la descripción del vicio por el vicio mismo sin ninguna otra finalidad artística que

lo justificara. Y esa prohibición dio lugar a ediciones clandestinas y anónimas, salidas generalmente de Holanda y Bélgica, cuyos raros ejemplares despiertan gran interés en los bibliófilos. Pero de éstas a otras obras perseguidas en su tiempo, como contrarias a la moral y a las costumbres, media todo un mundo.

DUMAS Y ZOLA

En esta categoría, es decir, las perseguidas que han dejado de serlo por reacción del buen sentido, señor Juez, puedo mencionar *La Dama de las Camelias*, de Alejandro Dumas (hijo), de la cual se han hecho versiones teatrales y cinematográficas; las múltiples obras de Emilio Zola, el fundador del realismo literario, especialmente *Nana*, cuya introducción fue prohibida en Prusia, Dinamarca, cuya representación teatral fue interdicta en París y en Buenos Aires mismo (Dictámenes de la Asesoría Municipal de 1896, tomo IV, pág. 14), no obstante lo cual ha llegado hoy a darse en los cinematógrafos familiares. Las obras de Flaubert, consideradas actualmente maestras de estilo, corrieron la misma suerte.

EL POR QUÉ DE ESA REACCIÓN

¿Por qué han dejado de ser perseguidas esas obras a pesar de su realismo y por qué circulan libremente otras del mismo género de otros autores con general aplauso y aceptación?

Porque el realismo en literatura, a pesar de construir la expresión más cruda, tiene un objetivo distinto al realismo en la pintura o en la escultura. Aquel se propone destacar la doble personalidad humana, física y moralmente, es decir, sus beldades y fealdades máximas, como si buscara en la emoción de sus revelaciones el modo de hacer conocer lo venerable y lo repudiable, lo bello y lo desagradable en la exaltación patética de la cosas del alma y del cuerpo. La virtud y la verdad son, en substancia, manifestaciones de la libertad misma y deben, por consecuencia, ser expuestas libremente, como el espectro del vicio y la mentira, pues de lo contrario nos complicaríamos cobardemente en lo que nos proponemos explicar. Las antiguas escrituras de la Iglesia cuentan pasajes de movido realismo que no se mitiga ni con la expresión, y todos saben que esas admirables leyendas de tradición divina andan, de mano en mano de seres inocentes, lo mismo que la Ley Mosaica, que tiene mandamientos llenos de sugerencias que los padres y los propios sacerdotes no saben cómo eludir cuando los niños quieren saber su significado.

Porque el libro es una cátedra y entonces lo esencial es averiguar qué se enseña y no cómo se enseña, porque la forma es algo personal que nadie tiene el derecho a juzgar. El uso del idioma es libre en cualquier

tribuna y sólo cesa esa libertad bajo la opresión de las dictaduras. El que compra un libro lo hace porque le interesa y sabe de antemano la idea central de su contenido. La realidad palpitante es la propia vida, tal como lo creó Dios, y eso no es obsceno; la afirmación en contrario, es hipocresía, es renegar de la naturaleza por prejuicio social o por asfixia de ambiente enfermizo y aldeano. El convencionalismo nos aleja de la verdad; en cambio, el conocimiento de la verdad, nos aclara todos los caminos del mundo.

DON QUIJOTE Y LA BIBLIA

Así es, señor Juez, que de imponerse el criterio acusador, no sería exagerado afirmar que en pleno siglo XX, merced a ese afán moralizador “sui generis”, no sólo las obras ya mencionadas sino la obra genial de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, y aun *La Biblia* misma, cuyos pasajes podrían herir la sensibilidad de tan pudorosos censores, deberían desaparecer bajo el fuego purificador. Felizmente, señor Juez, la moral, cuando se aplica a los hombres, con respecto a la propia vida de éstos, no puede temer ni admite la rigidez de un dogma; porque los dogmas, según lo afirman sus sostenedores, son perfectos e inmutables, en tanto que la moral de los hombres evoluciona siguiendo las alternativas inteligentes que impone el propio progreso social. Bien decía entonces, Oscar Wilde, que no existen libros buenos ni libros malos; existen libros bien escritos y libros mal escritos.

EL DERECHO DE MATAR NO ES OBRA OBSCENA

El artículo 128 del Código Penal, que se pretende aplicar al autor de *El Derecho de Matar*, castiga al que publicare libros obscenos. El propósito del Código es bien definido: se refiere a los libros que tengan por objeto excitar la perversión, propagar la inmoralidad para adiestrar en ella a los lectores, acicateando sus sentidos en una sobreexcitación patológica, desviando el orden natural de los sentimientos puros y morales.

El Derecho de Matar no cae bajo la sanción de la citada disposición legal. No es la obscenidad el propósito perseguido por el autor; no ha querido provocar, con los términos que usa, la inmoralidad, sino que, como surge de la lectura general de la obra, su finalidad ha sido señalar y exponer crudamente las enfermedades sociales que corrompen las bases de la humanidad, para provocar un justo repudio. Y dice la verdad, aún dolorosa hasta en sus expresiones, porque considera necesario, indispensable, el bisturí que extirpe el hondo mal que se propaga, produciendo el exterminio definitivo de la moral humana.

CRUZADA REDENTORA

Este toque de llamada que hace Barón Biza lo embandera en una cruzada justa y redentora, y no debe aherrojarse la expresión, ya que ello sí resultaría criminal del que rompe los convencionalismos y la mentida vergüenza, para requerir premiosamente la intervención del cirujano que con mano firme y hábil salve a la sociedad de la muerte. Con esa filosofía, mal puede ser un libro obsceno *El Derecho de Matar*, y escapa, por lo tanto, a las sanciones penales ya expresadas.

En casos análogos, ha opinado la Cámara Criminal y Correccional de la Capital en concordancia con lo expuesto en esa defensa, estableciendo que “la existencia, dentro de un libro, de episodios licenciosos, aun cuando parezcan excesivos no puede servir por sí sola para calificarla la obra como obscena, si de la finalidad ideológica del mismo, del género de la obra con relación a sus episodios, de la forma sincera de la expresión y de la propia posición del autor en las letras o en el arte”, etcétera, el autor ha creído necesario el empleo de los términos usados.

He leído una conceptuosa defensa del caso que nos ocupa, publicada por el profesor doctor Aquiles Damianovich, en la cual trata el aspecto constitucional, legal, moral y social de “un proceso extraordinario”, como llama dicho profesor al caso increíble del secuestro de “un libro” y la privación de libertad a su autor.

Al referirse al concepto que le merece la obra acusada, dice: “En la obra de Barón Biza, *El Derecho de Matar*, no encontramos un solo vocablo que no se encuentre en las obras de su género, de las cuales las que más se asemejan de primera impresión, son las de Vargas Vila, con esa su frase apocalíptica, mordaz, en ocasiones sonoramente ofensiva, pero constituyendo con ellas las sartas de un pensamiento a veces demoledor, a veces denostador, por momentos productor de la más exquisita belleza evocativa sin trascendencia inmediata en el contenido conceptual”, etc.

El libro *El Derecho de Matar* lleva, desde el principio hasta el final, una línea directriz: relatar desnudamente, sin hipocresía, las lacras sociales, despreciándolas y haciéndolas despreciar, en demanda de una sociedad mejor. Es una obra de beneficio social.

Por los fundamentos de esta defensa, corresponde la absolución de culpa y cargo del escritor señor Raúl Barón Biza, autor del libro *El Derecho de Matar*.

Néstor I. Aparicio

Fallo absolutorio del Sr. Juez Dr. Raúl B. Nicholson.

Buenos Aires, abril 9 de 1935.

Y considerando:

Que este proceso se inicia con la nota del señor jefe de Policía de la Capital (fojas 1), que da lugar a la querella del señor agente fiscal (fojas 2), en la que se imputa al procesado la comisión de un delito previsto y penado por el artículo 128 del Código Penal vigente, por haber escrito, publicado y distribuido un libro o novela intitulada: “El derecho de matar”, uno de cuyos ejemplares corre agregado a estos autos con la certificación de los empleados policiales actuantes, en el momento del secuestro (fs. 12 vta.) redacción, publicación y difusión de que se reconoce autor el prevenido en el acta de la audiencia del artículo 570 del Código de Procedimientos en lo Criminal (fs. 216 y siguientes) y en cuya obra el señor agente fiscal manifiesta encontrar descripciones, frases o palabras que caen bajo la sanción represiva de la disposición legal citada.

Que ante la acusación fiscal corresponde al juzgado establecer primero: si las descripciones, frases o palabras incriminadas en la obra secuestrada pueden considerarse como inmorales, pornográficas u obscenas de la amplitud de expresión que el criterio épico contemporáneo acuerda a la confección de obras literarias; y segundo: si dichas expresiones caen bajo las sanciones del referido artículo 128 del Código Penal, sin menoscabo de las garantías que nuestra Constitución consagra en sus artículos 14 y 32 sobre la libertad de imprenta, atendiendo a la interpretación para la aplicación de la citada disposición penal.

Que el procesado, que se había negado a declarar en el sumario de prevención y a prestar indagatoria ante el juzgado (fs. 14 y vta. y fs. 150 vta.), reconoce en el acto de fojas 216 y siguientes ser autor y distribuir el libro incriminado, pero alegando en su defensa que no ha movido propósito inmoral ni obsceno y que, por el contrario, como corresponde a un escritor y artista, ha tratado de formular altos conceptos morales usando de la fantasía y la descripción libre de todo cuanto considera repugnante para la verdadera vida, según su criterio.

Que examinado el texto del libro u obra incriminada debe reconocerse que el autor ha usado de términos, expresiones y conceptos un

tanto crudos en ciertos pasajes de la misma aunque en otros denota un propósito de exaltación y elevación moral que está en desacuerdo con aquellas.

Que si se considera que dentro de la evolución contemporánea del arte literario, tanto en las últimas obras de singular valor artístico, según el consenso público, como pueden ser las de Margueritte, Crommelynck, Lawrence y Joyce (“La machona”, “Carina”, “El amante de Lady Chatterley” y “Ulises”), como no pocos clásicos y modernos de reconocido valor estético, sin contar con los numerosos actuales que llegan hasta la nada ponderables Pitigrilli, Felipe Trigo y Joaquín Belda, todos ellos vastamente divulgados, contienen conceptos, frases y palabras como las señaladas por la acusación existentes en la obra del procesado, es indudable que no podían éstas considerarse obscenas o pornográficas bajo un punto de vista penal, pues su autor no resulta en aquélla más que un enrolado en la ya decadente escuela naturalista que iniciara Zola y siguieron los realistas que tanto renombre alcanzaran en las postrimerías del siglo pasado, con las descripciones crudas y violentas, de las que el arte literario ha comenzado a reaccionar, llegándose así por la única vía: la selección cultural de los lectores, a la reacción espiritual de nuestro tiempo.

Que nuestros constituyentes, al redactar los artículos 14 y 32 de nuestra Constitución tuvieron muy en cuenta los riesgos de la libertad de palabra y prensa que otorgaban, pero ante los posibles gravísimos resultados que el establecer una censura previa, o una maleable sanción ulterior a la emisión del pensamiento, hubiera significado para el desarrollo de la cultura y de la evolución ideológica, prefirieron la amplitud del derecho concedido a la restricción peligrosa del mismo. De ahí que los constituyentes, valorando la larga experiencia de leyes y decretos, unos otorgando libertad y otros restringiéndola, en materia de imprenta, que se habían sucedido desde 1811, no sólo garantizaron la libertad de palabra y de emisión del pensamiento sino, que vedaron al Congreso la sanción de leyes prohibitivas al respecto, y tal criterio debe dar la pauta de cautela al magistrado en trance de juzgar sobre el aspecto más grave del caso: penar el abuso de la imprenta como delito, en relación con la moral.

Que si como dice Cooley, en su tratado “Derecho constitucional de los Estados Unidos” (traduc. De Carrie, 1898. Pág. 267), la libertad de la prensa puede definirse que: “es la de emitir y publicar todo aquello que el ciudadano encuentra conveniente, y de ser protegido contra la censura legal y de ser penado por hacerlo, con tal que la publicación no resulte ofensiva a la moral pública”, cabe preguntar, en consecuencia, cuándo se comete tal abuso delictuoso atendiendo a la ley y al mismo tiempo que a la orientación contemporánea en la libertad de expresión literaria, por cuanto el código pena lo obsceno, lo pornográfico, lo inmoral, pero debiendo entenderse por tal –ya que la ley no concreta y la aplicación penal es restrictiva, como lo declara la

jurisprudencia y la doctrina— sólo aquello que no ha tenido otro fin ni propósito que producir directamente tales efectos, y no es posible, entonces, calificar como delictuosas las expresiones contenidas en una obra nacional —en cuanto a su autor, por lo menos— ya que son innumerables las clásicas y contemporáneas que se reciben del extranjero y se reeditan en el país, y en el cual se venden a precios populares, adoleciendo, sin embargo, de los mismos defectos que en ésta se señalan como punibles.

Que evidentemente, al aplicar tal sanción, en el caso subjudice, sería una notoria falta de equidad, contraria al concepto de la igualdad ante la ley, así como la libertad de prensa, “pues, tratando de impedir su abuso, se hace imposible su uso”, como dice Seydel (cita de Bielsa, “Derecho Administrativo”. Pág. 126, Tomo III).

Que la Excma. Cámara en lo Criminal y Correccional, en el caso de “La Machona”, Víctor Margueritte (Gaceta del Foro N° 2139), fijando el criterio que debe servir de pauta para calificar los conceptos y descripciones existentes en una obra literaria extensa dice: “que sólo de su conjunto puede deducirse si se trata de una producción destinada a herir el pudor público o la expresión de ideas o nociones científicas o simples conceptos de arte o de belleza”, así como que: “la existencia, dentro de un libro, de episodios licenciosos, aun cuando parezcan excesivos, no puede servir por sí sola para calificar de obscena”, criterio que debe aplicarse en el caso de autos, por cuanto nada hace al mismo la diferencia de valores estéticos o literarios que pueden existir entre la obra de Margueritte y la del procesado, ya que el tribunal no puede entrar a discriminar sobre esos méritos, debiendo limitarse a considerar tan sólo los fines morales, o inmorales punibles, que se evidencian en su conjunto.

Que, en tales condiciones, atendiendo a la evolución del concepto ético-literario contemporáneo, las precisas conclusiones de la jurisprudencia, así como la amplitud de libertad con que nuestros tratadistas y la doctrina interpretan las garantías de la palabra escrita, que asegura la Constitución Nacional, corresponde aplicar el principio: *in dubio pro reo*, establecido en el artículo 13 de Código de Procedimientos en lo Criminal y Correccional, y en consecuencia, fallo: Absolviendo de culpa y cargo al Sr. Raúl Barón Biza, por violación del Art. 128 del Código Penal. Hágase saber a la Policía, y, consentida o ejecutoriada, archívese.

Dr. R. B. Nicholson.

Juez



LA VERDAD NO DEBE CUBRIRSE
NI CON LA NIEBLA.

ARISTÓ BULO ARÁ OZ DE LAMADRID²

EL AUTOR Y LA OBRA

I. QUIÉN ES BARÓN BIZA

La defensa debe necesariamente comenzar con una presentación del acusado, no solamente porque la personalidad del mismo debe ser tomada en cuenta al sentenciar, sino para poner en evidencia cuántos errores de apreciación se han formulado acerca de este hombre, que está obligado a hacer valer su limpia acción no sólo por sí mismo, sino para legar a sus hijos un nombre claro e indiscutido.

Raúl Barón Biza, es argentino, hijo y nieto de argentinos, por ambas ramas. Su padre, don Vilfrid Barón, fue uno de los primeros colonizadores en el Oeste de la Provincia de Buenos Aires y en la Pampa Central. En esas regiones, el país le debe la fundación de muchos pueblos, que hoy constituyen sólidos exponentes del progreso nacional. Don Vilfrid Barón tuvo el privilegio de ser justicieramente homenajeado en vida por el Gobierno de la Nación, que dio su nombre a uno de los pueblos fundados por él y cuyos habitantes, a su muerte, le levantaron un monumento en la plaza principal, para perpetuar en el bronce la memoria de un auténtico creador de nuestra riqueza.

La madre de Barón Biza se señaló por su profundo amor a los humildes, distinguiéndose en las comisiones de las Sociedades de Beneficencia del asilo de Huérfanos Militares, de la Liga de Protección a las Jóvenes, de la Asociación de San Vicente de Paúl y muchas otras instituciones de la misma índole. Hizo obra en pro de los leprosos en el Hospital Muñiz y en el Paraguay, extendiendo su acción bienhechora a varias de las Repúblicas vecinas. Su espíritu cristiano fue premiado con la Orden Franciscana, la Cruz pontificia, la Cruz de Jerusalén, con la designación de Comendador del Santo Sepulcro y otras dignidades semejantes.

²Publicado por primera vez en Junio de 1943 en el diario "Crítica", y en un folleto independiente a fines del mismo año. Luego se incluyó como introducción para *Todo estaba sucio*, en 1963.

Uno de los hermanos de Barón Biza es hacendado y un progresista hombre de empresa, que actualmente impulsa la construcción de la Villa Barón a las puertas de esta Capital. Su otro hermano, es un distinguido médico, que goza de justos prestigios en los círculos científicos del país y del extranjero.

Barón Biza ha formado su hogar, donde vive sobriamente con su esposa y dos hijitos. Aquella concilia un espíritu culto en constante superación con la noble dignidad de madre apasionada por sus hijos. Universitaria actual, después de haber alcanzado el honor de la medalla de oro en sus estudios normales, la joven esposa de mi defendido, hija de un ex-gobernador mediterráneo de actuación promisorio para el futuro de nuestra patria, posee la fibra y ternura necesaria para acompañar al vigoroso hombre de acción y de pensamiento que es Barón Biza.

Ésa es, en síntesis, la respetable familia a que pertenece el autor de *Punto Final*.

Fue educado en la Universidad de Harvard y en los mejores colegios europeos y cuando heredó de sus antepasados un cuantioso patrimonio, mi defendido, completó su ilustración viajando por todas las rutas conocidas de Oriente y de Occidente.

En memoria de sus padres, que descansan en la cripta de la Iglesia, donó a la Obra de Don Bosco el magnífico Colegio de Ramos Mejía, donde reciben instrucción más de quinientos niños. La gratitud de los beneficiados ha grabado su nombre en bronce a la entrada de la Iglesia.

En colaboración con sus hermanos, fundó y mantiene el hospital "Vilfrid Barón", en la Colonia del mismo nombre. Donó a la Provincia de Córdoba, la escuela "Catalina B. de Barón" e instauró en pro de la aviación argentina, el premio "Myriam Stefford".

Sin que se pueda sospechar, por la índole general de esta defensa, que intentó la falacia "Ignoratis elenchi", considero indispensable, aun contra la opinión de mi defendido, continuar con esta semblanza de Barón Biza, para que V. S. tenga un cabal conocimiento de todos los aspectos del proceso.

Es conocida su magnanimidad con los necesitados que han llegado hasta su puerta. Son innumerables sus actos de desprendimiento. A él se debe, por ejemplo, el enganche de vagones para que el pueblo cordobés pudiera llegar a la metrópoli a rendir homenaje póstumo al gran Presidente de la argentinidad, Hipólito Irigoyen.

Vislumbra el porvenir de la olivicultura y le corresponde el honor de ser "pioneer" de esa riqueza, comprometiendo su capital en épocas de incertidumbre y contra la opinión de muchos, en la realización de ese proyecto fruto de sus viajes y estudios en las zonas similares de otras partes del mundo. Como una prueba de sus conocimientos y su optimismo, ahí están, a la vera del camino de Alta Gracia, miles de olivos en fruto y miles de pinos y

eucaliptos, que significan una incalculable riqueza para el futuro de la colectividad, más que para mi propio defendido.

La guerra mundial lo lleva luego a la explotación de otra riqueza argentina ignorada: las minas de wolfram, scheelita y bismuto. Cientos de obreros hurgan las entrañas de las áridas tierras de Córdoba, para crear una nueva fuente de producción y de trabajo.

Barón Biza, por lo que vemos y por lo que veremos más adelante, no sólo innova en el campo ideológico exponiendo por ello su libertad individual, sino que también en el orden económico afronta nuevas empresas de beneficio colectivo, comprometiendo entonces su fortuna.

Pero Barón Biza, no limita su vida a las múltiples actividades ya referidas. Por herencia y por propia convicción es un soldado en las filas de la más auténtica opinión democrática argentina.

Cuando en 1930, una revolución oligárquica conmovió a la familia argentina con su despotismo, Barón Biza, fiel a sus principios, no se acercó como tantos a los detentadores del poder. Por el contrario, tomó partido abiertamente donde el imperativo de su conciencia le mandaba.

Vino desde Europa, donde podía gozar con su fortuna de todo lujo y confort de ese continente en decadencia, para ocupar en su patria agraviada el puesto de combate que se le designara en una lucha histórica por la libertad y la democracia en la que peligró su vida y su patrimonio.

Se constituyó entonces en un temible adversario de las dictaduras. En su libro *Por qué me hice revolucionario*, publicado en Montevideo, Barón Biza explica sus actividades políticas y la dramática lucha que mantuvo contra la triple alianza de las tiranías que desconoció el sagrado derecho de asilo.

Transcribiré una frase del ilustre escritor brasileño Costa Rego motivada por la actuación heroica de mi defendido: "Hay una profunda y constante lección en esta actitud que nos llena el rostro de sangre. Nos consuela un único hecho y es que cuando entreguen a este altivo emigrado al adversario vengativo que le espera, nosotros podremos ir a saludarlo en el amarre del barco y gritarle bien alto: Id paladín de la libertad y de la dignidad humana."³

Su rebeldía indomable, le deparó la cárcel en el país, en el Uruguay y en e Brasil. La prepotencia de gobiernos impopulares, le arrojó la Europa, pero pronto regresó para discutir a policías y jueces el derecho y la razón de sus ideas.

Con firme altivez afrontó cuanto proceso y vejación se intentara contra él. Cuando su partido alcanzó el triunfo en la Provincia de Córdoba, no pretendió, ni aceptó, recompensa alguna, dando así un claro ejemplo de patriotismo.

³ Diario "Tribuna", Santos. 6. II. 934.

Este hombre joven, favorecido por la fortuna, luchó tan solo a impulsos de sus ideales. Toda su actuación pública, ha sido puesta al servicio de elevados postulados políticos, sociales, económicos y espirituales derivados de su idea rectora: “Debemos dejar a nuestros hijos más libertad que la que hemos recibido”.

Pero Barón Biza, no se conformó con ser un estudioso, un viajero, un hombre de empresa, un benefactor, un político, y un revolucionario. También es escritor.

Este espíritu vigorosamente dotado en todas sus facetas, mostró su vocación literaria desde los dieciocho años. *Del ensueño, Risas, lágrimas y sedas, Alma y carne de mujer*, son sus primeras obras y sus títulos revelan por sí solos la evolución de su mente y su sensibilidad.

Vino más tarde *El derecho de matar*, que le valió la cárcel, hasta que el Tribunal consagró la inviolabilidad de la libertad de pensamiento y de creación.

La vida de Barón Biza anticipa el sentido de sus obras. A través de sus libros desarrolla una teoría revolucionaria de la vida. Para ser fiel a sí mismo, su pluma ha sido siempre rebelde. Trata de destruir un mundo de iniquidades, para construir sobre sus ruinas una existencia nueva. Derecho de matar, dice él mismo, de terminar con todo lo malo, con todo lo deleznable que nos ahoga el alma y mancha el cuerpo.

Los libros para Barón Biza no son un fin en sí mismos, son otros de los medios escogidos para la realización de sus ideales.

Conociendo los antecedentes familiares del autor, la vida que ha llevado, su condición de hombre de empresas de beneficio general, su filantropía, su disconformismo con todas las injusticias, su noble hogar, se impone la necesidad de valorizar todas las circunstancias y entrar con respeto en el juzgamiento de su última producción literaria.

A grandes rasgos he demostrado la existencia y la obra del autor de *Punto Final*. La torpeza del delito que se le imputa no se amolda a la idiosincrasia bosquejada. La personalidad de Barón Biza descarta por de pronto uno de los requisitos subjetivos en este género de delitos.

Ya veremos más adelante, cómo Barón Biza no defrauda sorpresivamente todo lo que era dado esperar de su espíritu rebelde pero selecto, que ha animado siempre una conducta de hombre de bien.

II. EN QUÉ CONSISTE PUNTO FINAL

Punto Final, la última obra de Barón Biza, ha originado este proceso. Aparte de que aceptamos la idea de que la crítica literaria es sólo una manera de hablar de sí mismo con motivo de un libro o de un autor, consideramos que no es ésta la oportunidad de realizar un ensayo de esa índole.

Sin embargo, por imperio de la defensa, no es posible eludir un comentario, sobre la novela incriminada.

A nuestro juicio, *Punto Final*, se define por dos términos de ubicación extrema: la “Carta al hijo” de la iniciación y los párrafos finales de la novela. El prólogo y el epílogo, constituyen dos polos de irradiación poética, que establecen en todo el libro, una perceptible corriente de lirismo. Por debajo de esa atmósfera de poesía, cabe reconocer que cuando la novela entra en la narración de algunos de los episodios, adquiere un sentido que puede parecernos crudamente realista.

En retórica podrá discutirse la belleza de la idea de examinar con microscopios y detenidamente las miserias de un medio social determinado, pero no puede negarse el derecho de hacerlo por quien lo cree indispensable para preconizar un mundo mejor.

Barón Biza es un hombre que ha vivido intensamente. Conoce, como el mejor, las costumbres y vicios de nuestra clase social privilegiada. Se ha asqueado en presencia de tanta inmoralidad, de tanta concupiscencia, de tanta subversión. El ambiente le ha determinado entonces a propiciar una transformación profunda. Como un modo de realizarla ha estimado necesaria y urgente mostrar todas las lacras, para aniquilarlas y para que sólo se salve aquella que realmente sea un valor inconmovible. Quedan incólumes la idea de Dios, la madre, el hijo, la tierra...

La pintura de la vida, en la novela de Barón Biza, ha sido hecha sin disimulo alguna por un hombre que ha participado en ese ambiente, pero es indiscutible que la obra tiene finalidad superior, la de descubrir una verdad más bella y más humana.

Nadie puede sentirse agraviado o escandalizado, porque desgraciadamente estamos viendo a diario las vergüenzas de nuestra vida social. De modo especial las llamadas esferas selectas han sido invadidas por una corrupción asfixiante, sin perdonar siquiera instituciones y recintos que debieran ser invulnerables. Un ilustrado miembro de la magistratura argentina ha llegado a una triste comprobación: “La moral media de la sociedad ha declinado irremediablemente. Los frutos de este estado de cosas se advierten fácilmente, sobre todo en quienes pueden comparar épocas distintas”... “Signos tan inquietantes deben llamar la atención de las autoridades, de las padres y hasta de la Iglesia.” - (Del Dr. Tobal. - “La Nación”, julio de 1941.) Barón Biza con su *Punto Final* se suma al clamor general de una moral mejor. Por donde su libro resulta ser vibrante alegato contra la inmoralidad reinante aunque se disienta con el procedimiento escogido.

Veamos algunas partes del prólogo y el final de la obra.

“Todo era en mi alma desolación y angustia.”

“Todo era ruin y canalla. La luz se hizo en mi corazón en plena noche. Aurora boreal que me hizo postrar de hinojos ante el altar bendito del vientre de tu madre, adonde Dios había oficiado misa de vida.”

"Porque solamente Dios, dueño de la especie, podía crear la vida." (De la "Carta al hijo", pág. 16.)

"Desde la ventana a la que se ha acercado Virgen en su busca, pálida y desangrada, lo contempla un instante, mira en la cuna el pedazo de su carne.

"¡Ven!, ¿Qué buscas? –le grita.

"Ego la mira, eleva después su mirada al sol que ya no enceguece, vuelve su vista a la tierra y murmura juntando el barro en sus manos:

"Mi verdad... la verdad de esta noche..." (fin, pág. 253).

En estos párrafos está la esencia poética de la obra y el secreto de la salvación moral del protagonista. El hallazgo de la verdad buscada, plena de belleza, de amor y de naturaleza, la verdad del hijo, que Dios le ha dado, como punto final de tanta ignominia.

No es posible ahogar la imaginación. No olvidemos que de Emilio Zola, creador del naturalismo, se ha dicho que fue menos fiel a su doctrina de lo que él mismo creía. Es lo que ha sucedido con Barón Biza. Con propósito constructivo ha querido exhibir con crudeza una realidad social que conoce exhaustivamente, pero su ardiente idealismo le ha traicionado y una poesía a su manera, audaz, rebelde y soñadora ha impregnado el aire que se respira en su novela.

Barón Biza ha sentido como tantos otros la necesidad de combatir reciamente las decadentes costumbres morales de un medio social. Para ello ha narrado al desnudo una vida desarrollada en ese ambiente de ignominia, que se redime al final por el hijo que nace. Y la obra entera, tan llena de miserias, es dedicada entonces a su hijo, como anuncio de un mundo renovado sobre otras bases.

Es así cómo la novela tiene una finalidad de reformatión moral incuestionable y revela su contenido emocional que tampoco puede negarse.

Le dice al hijo que la madre "te enseñará el secreto de los escribas y te contará la historia de los años".

"Yo te llevaré junto a la fragua, para que aprendas a estirar las rejas y como jugando, en los amaneceres" partiremos a arar los campos y más tarde a recoger las mieses."

"Te enseñaré a dominar los corceles, a navegar sobre las aguas y juntos, al lado de la casa, plantaremos un olivo, para sombra, fuego y alimento en los años malos."

¿Quién podría sostener, entonces, que *Punto Final* sea una obra condenable en resguardo precisamente de la moral pública?

Podrán rechazarse algunas narraciones, podrá no estarse de acuerdo con el procedimiento destructivo, pero insistimos que la finalidad de la novela tiene un propósito respetable, como expresión del anhelo

creador o innovador de un artista. Barón Biza justifica su actitud: "Borra del cerebro la idea de que el hombre puede explotar al hombre y comprar la hembra".

"Destruir es ya una etapa; solamente los mojigatos, solamente los tímidos, solamente los hipócritas, exigirán conjuntamente la solución del problema. Ésta debe llegar como consecuencia lógica de ese primer hecho. Lo mismo que al arrasar el fuego un campo, surge de nuevo el pastizal tierno. Todo ser puede cumplir una misión, unos destruyendo, otros creando. Creando ante la necesidad de vivir" (pág. 78).

Ya hemos dicho cómo ese propósito renovador no ha podido despojarse de un idealismo puro, pero la convicción de que *Punto Final* no es sino el trasunto del romanticismo innato de Barón Biza, se robustece aun más por los anhelos de redención social, que a cada paso afloran, para bien de todos los desgraciados y desafortunados. "El haber nacido pobre o contrahecho - dice- niega todos los códigos, da todos los derechos. Los conocía bien. Usaban en los banquetes corbatas blancas para no confundirse con los que usaban corbatas negras."

"Eran socios de los clubes y círculos aristocráticos. No bastábales la explotación en sus fábricas. Si un obrero había ahorrado a costa de su pan unos céntimos, ellos con la dorada ilusión del juego legalizado los arrebatan en sus días de asueto. ¡Cuidar la raza caballar en la era del motor! ... En el mundo del mañana no habrá más guerra. Ni millonarios que la provoquen, ni militares que la realicen, ni sacerdotes que las bendigan. El hombre no matará al hombre, para enriquecer las arcas del hombre."

Describe también la novela la tragedia de nuestro agro, la maldición de la langosta, y entona un canto a la lluvia fecundante por voluntad divina.

Sería ya acaso hasta innecesario destacar que los grabados que ilustran el texto tienen un sentido artístico o ideológico bien distinto de los que caracterizan las publicaciones punibles. Precisamente éste es uno de los aspectos peculiares en los libros que tienen por objeto la exaltación indecorosa de los sentidos.

En suma, *Punto Final* no puede ser una obra condenable por la Justicia. Ante la crítica literaria podrá merecer los más diversos juicios, pero ante los Tribunales humanos, no ha de poder dejarse a un lado que *Punto Final* es una obra que pretende tener un profundo sentido renovador, que fustiga los vicios deleznales de una determinada sociedad, que narra la vida de un hombre que sale de la ignominia por la virtud divina de un hijo para quien desea una existencia nueva. No podrá negarse que la anima un soplo de poesía y que es la expresión del vehemente anhelo de un espíritu atormentado por el clima social en que ha vivido. Es, en síntesis, el trasunto de la rebeldía perenne de Barón Biza, cuya vida y obra todos conocemos.

LA MORAL Y LA CREACIÓN LITERARIA

III. EL PROCESAMIENTO DE LOS ESCRITORES

En todos los tiempos se ha producido un choque entre la moral media que pretende tutelar la ley y las facultades de creación artística de los escritores que han roto los moldes estrictos trazados por la Sociedad.

Con el conjunto de libros que tocan el problema sexual de manera más o menos ruda, se podía formar una nutrida biblioteca integrada por autores de todas las nacionalidades, de todos los rangos literarios y de todas las épocas.

El arte de amar y Los amores, de OVIDIO; *El asno*, de LUCIO; *El Decameron*, de BOCCACCIO; *Las Damas Galantes*, de BRANTOME; *La Dama de las Camelias*, de DUMAS (h.); *Madame Bovary*, de FLAUBERT; *Gamiani*, de MUSSET; *Naná*, ZOLA; *El amante de Lady Chatterley*, de LAWRENCE; *Ulises*, de JOYCE; *Carina*, de CROMMELYNCK; etc.

Muchos de estos libros, dieron lugar a largas y apasionadas disputas y en algunos casos a procesos resonantes que señalan una época en la historia de la cultura. Detengámonos a conocer uno de los procesos, para que V. S. advierta cómo es preciso no precipitarse en la formación de un juicio definitivo sobre la obra de un escritor, aun cuando la misma choque con nuestro particular modo de ver la vida.

En 1857 Charles Baudelaire publica *Flores del Mal*, expresión típica de la atormentada vida del gran poeta. Una acreditada revista publica un violento artículo censurando al libro, resumiendo su opinión en estos términos: "Este libro es un hospital abierto a todas las locuras del espíritu, a todas las podredumbres del corazón... nada puede justificar a un hombre de más de 30 años de haber publicado un libro con semejantes monstruosidades".

Acusado ante la justicia, el poeta se defendió sosteniendo que no se sentía culpable: "Yo me siento al contrario, muy orgulloso de haber producido un libro que respira el terror y el horror del mal". Hermosas palabras éstas, que podría repetir Barón Biza,

El Tribunal consideró que partes del libro eran de un realismo grosero y ofensivo del pudor, por lo que existía un ultraje a la moral pública y a las buenas costumbres. En definitiva fue condenado a pagar una multa de 300 francos.

Al día siguiente de su condena, Víctor Hugo le escribe al Poeta entre otras cosas: "Una de las raras condecoraciones que el régimen actual puede acordar, acaba usted de recibirla. Lo que él llama su justicia os ha condenado en nombre de la que llama su moral: he aquí una corona más". Reparación extraordinaria, inmediata, que no hace sino confirmar el juicio

definitivo de la historia que recogió celosamente el nombre del poeta y olvidó el destino de sus jueces.

BARÓN BIZA ANTE LA JUSTICIA

IV. SU PROCESO POR EL DERECHO DE MATAR

Como ya lo hemos adelantado, no es ésta la primera vez que Barón Biza es traído ante la justicia y él puede exhibir sus procesos como galardón en su vida de lucha.

Cuando su rebeldía lo lleva a reclamar se respeten los derechos del pueblo con la energía que merece una causa tan noble, es acusado como responsable del delito de rebelión: pero finalmente sus jueces lo absuelven, reconociendo que defiende la argentinidad ultrajada. De manera que si esas causas son para él un honor desde el punto de vista moral, legalmente no lo afectan en virtud de las resoluciones recaídas en las mismas.

Fuera de los procesos políticos, la última y resonante causa le fue instaurada por haber publicado su libro *El Derecho de Matar*. Después de una larga detención, la justicia lo absolvió en definitiva, sentando principios jurisprudenciales que deberán ser citados en los anales jurídicos argentinos.

En la vida social no existe esfuerzo que se pierda, La vida se tomó una revancha del proceso, pues el libro se vendió en toda América en una forma extraordinaria de manera que difícilmente ha quedado persona medianamente culta sin conocer esa producción. La resolución judicial fue confirmada por el fallo inapelable del pueblo.

La sentencia dictada por el entonces juez Dr. R. B. Nicholson -hoy camarista-, confirmada por la Excma. Cámara del Crimen, fijó el alcance preciso de la obra y del derecho aplicable. Merece ser recordada en sus párrafos sustanciales.

"Que ante la acusación fiscal corresponde al Juzgado establecer, primero: si las descripciones, frases o palabras incriminadas en la obra secuestrada pueden considerarse como inmorales, pornográficas y obscenas en la amplitud de expresión que el criterio ético contemporáneo acuerda a la confección de obras literarias; y segundo: si dichas expresiones caen bajo las sanciones del referido artículo 128 del Código Penal, sin menoscabo de las garantías que nuestra Constitución consagra en sus artículos 14 y 32 sobre libertad de imprenta, atendiendo a la interpretación que la jurisprudencia y la doctrina han establecido para aplicación de la citada disposición penal."

"Que el procesado... reconoce en el acta de fojas 216 y siguientes ser autor y distribuidor del libro incriminado, pero alegando en su defensa que no lo ha movido ningún propósito inmoral ni obsceno y que, por el

contrario, como corresponde a un escritor y artista, ha tratado de formular altos conceptos morales, usando de la fantasía y la descripción libre de todo cuanto considera repugnante para la verdadera vida, según su criterio."

"Que examinado el texto del libro u obra incriminada, debe reconocerse que el autor ha usado de términos, expresiones y conceptos un tanto crudos en ciertos pasajes de la misma, aunque en otros denota un propósito de exaltación y elevación moral que están en desacuerdo con aquéllas."

"Que si se considera que dentro de la evolución contemporánea del arte literario, tanto en las últimas obras de singular valor artístico... , como no pocos clásicos y modernos de reconocido valor estético... todos ellos vastamente divulgados, contienen conceptos, frases y palabras como las señaladas por la acusación existentes en la obra del procesado, es indudable que no podían éstas considerarse obscenas o pornográficas desde un punto de vista penal...

"...cabe preguntar, en consecuencia, cuándo se comete tal abuso delictuoso atendiendo a la Ley al mismo tiempo que a la orientación contemporánea en la libertad de expresión literaria, por cuanto el Código pena lo obsceno, lo pornográfico, lo inmoral, pero debiendo entenderse por tal -ya que la ley no concreta y la aplicación penal es restrictiva, como lo declara la Jurisprudencia y la doctrina- sólo aquello que no ha tenido otro fin ni propósito que producir directamente tales efectos, y no es posible, entonces, calificar como delictuosas las expresiones contenidas en una obra nacional en cuanto a su autor, por lo menos -ya que son innumerables las clásicas y contemporáneas que se reciben del extranjero y se reeditan en el país, y en el cual se venden a precios populares, adoleciendo, sin embargo, de los mismos defectos que en ésta se señalan como punibles."

"Que evidentemente, al aplicar tal sanción, en el caso sub-judice, sería una notoria falta de equidad, contraria al concepto de la igualdad ante la Ley, así como a la libertad de prensa, pues tratando de impedir su abuso, se hace imposible su uso, como dice Seydel.

" ... que en tales condiciones, atendiendo a la evolución del concepto ético-literario contemporáneo, las precisas conclusiones de la jurisprudencia, así como la amplitud de libertad con que nuestros tratadistas y la doctrina interpretan las garantías de la palabra escrita, que asegura la Constitución Nacional, y las manifestaciones de descargo formuladas por el procesado, en cuanto a sus verdaderos propósitos al componer, publicar y difundir su obra... fallo: *Absolviendo de culpa y cargo a Raúl Barón Biza*, por violación del Art. 128 del Código Penal."

LOS FUEROS DEL ESCRITOR Y LA REPRESIÓN PENAL

V. LA LIBERTAD CONSTITUCIONAL DE EXPRESAR LAS IDEAS

El conflicto que se ha planteado en todos los tiempos a escritores y artistas existe también en nuestro país en virtud del choque que se produce por las facultades de creación de éstos y los principios morales generalmente aceptados. Pero en el caso concreto del país, existe una base jurídica estable para resolver esos conflictos: nos referimos a los principios constitucionales que resguardan la libertad de expresar las ideas.

El artículo 14 de nuestra Carta Fundamental asegura a todos los habitantes del país el derecho de "*publicar sus ideas por la prensa sin censura previa*". Esta breve fórmula constitucional, de tan profundo significado, no fue el fruto de la improvisación de un grupo de hombres, sino la síntesis de un principio filosófico y la condensación de la evolución histórica sufrida en el país.

El hombre no puede ser considerado desde un aspecto parcial como una individualidad física, que tiene solamente necesidades materiales. El signo característico de la personalidad humana, no son esas necesidades materiales, sino la individualidad psíquica o espiritual, que se condensa en la fórmula; sentir, pensar, querer.

El desarrollo de la personalidad espiritual está condicionado a la existencia de una serie de garantías o derechos que van desde las exigencias puramente biológicas más primarias hasta las exigencias espirituales más elevadas. Libertad moral, intelectual, religiosa, política, cultural.

Entre las libertades espirituales que ocupan un rango especial, debe destacarse precisamente la de expresar libremente las ideas, pues resume la emancipación del espíritu a los dogmas anticientíficos y a las tradiciones regresivas. Es la consagración de la libertad del espíritu para buscar la verdad, sin trabas. Con cuánta razón pudo decirse que la libertad de pensamiento es el signo característico de la dignidad humana.

El ejercicio de esta libertad, como el de todas las libertades espirituales, no debe ser limitado, aun cuando pueda conducir al abuso, pues por ese camino puede llegarse a suprimir su uso. El abuso de uno o de muchos no puede ni debe servir de pretexto para hacer desaparecer una conquista tan preciosa que ha sido el producto de una larga y cruenta lucha contra toda forma de esclavitud.

Estos principios son los que han inspirado las declaraciones de derechos que tienen en sus constituciones los pueblos libres y

que se resumen en la declaración de derechos del hombre formulada por la Revolución Francesa.

No podemos detenernos a examinar la evolución histórica universal de este principio ni a señalar las grandes etapas como constructivas del mismo en el pasado nacional. Desde el epígrafe que Moreno puso a la "Gaceta", repitiendo las palabras de Tácito: "Raros tiempos de felicidad aquéllos en que se puede sentir lo que se quiere y *decir lo que se siente*"; hasta los distintos reglamentos que se fueron dictando, aparece siempre el propósito inspirador de salvar la libertad de pensamiento. Conviene también recordar que fue precisamente un sacerdote de la Revolución, el Deán Funes, quien dio las bases para el decreto de libertad de imprenta. A los timoratos de entonces y de ahora, es preciso repetirles sus palabras: "Es cosa averiguada, que sin la libertad de prensa no pueda haber libertad de pensar, y que las costumbres y conocimiento siempre padecen notable atraso".

En todos los decretos, en las constituciones, en los proyectos, el principio inspirador se mantiene, de modo que la Convención Constituyente no hace sino consagrar definitivamente la validez jurídica de un principio que estaba incorporado a la conciencia nacional.

No ignora, señor juez, esta defensa que no hay derechos absolutos, pues el ejercicio de los mismos está sometido a las leyes que reglamentan su ejercicio. Pero fuera de la norma general del artículo 28 de la Constitución Nacional que establece que "los principios, garantías y derechos reconocidos en los anteriores artículos, no podrán ser alterados por las leyes que reglamentan su ejercicio"... existe en lo relacionado con la libertad de imprenta una norma expresa y categórica. Efectivamente, el artículo 32 de la misma Constitución, prohíbe al Congreso dictar leyes que restrinjan la libertad de imprenta, creándose así una garantía especialísima que no se refiere a ninguno de los otros derechos constitucionales.

La doctrina constitucional ha sido interpretada hasta la fecha con toda fidelidad tanto por el Congreso como por el Poder Judicial. Ello explica que el Código Penal en su artículo 161 castigue al que estorbe la libre circulación de un libro o periódico.

Todos los autores de derecho constitucional han señalado de modo intergiversable la importancia de esta libertad y la necesidad de que sea respetada. No vale la pena detenemos aquí a señalar la opinión concreta de cada uno de ellos, siendo suficiente remitimos a las obras clásicas de Joaquín V. González, Juan A. González Calderón, José Manuel Estrada, Montes de Oca, Vedia, etcétera. Con razón pudo decir Leopoldo Lugones, que "conforme a la Constitución Federal, no existe aquí el delito de imprenta o en términos filosóficos la libertad de pensamiento jamás puede constituir delito".

Me he detenido a señalar todos estos antecedentes, porque a través del caso personal de Barón Biza escritor, se está juzgando el principio de la libertad de expresar las ideas, porque "el derecho personal no

puede ser sacrificado, sin que la ley lo sea igualmente". EII otras palabras Barón Biza puede repetir: "Mi derecho es todo el derecho; defendiéndolo, defiende todo el derecho que ha sido lesionado al ser lesionado el mío".

A la luz de los principios constitucionales, la norma del artículo 128 del Código Penal, que es la que se pretende aplicar a mi defendido, adquiere un sentido que no puede prestarse a dudas. Como esa disposición implica un principio de reglamento de la Libertad de expresar las ideas, conviene fijar el alcance que tiene. Tanto por sus antecedentes como por su interpretación doctrinaria y jurisprudencial, resultará según lo demostraremos, que tal disposición no se aplica a las obras literarias o artísticas propiamente dichas, aún cuando contengan pasajes libres o licenciosos, sino a las obras puramente obscenas, destinadas a pervertir los instintos sexuales.

La necesidad de interpretar el artículo 128 del Código Penal a la luz de las disposiciones constitucionales, ya fue reconocida por la justicia al absolver el libro de Barón Biza *El Derecho de Matar*, según resulta de la transcripción que ya hemos realizado.

VI. ALCANCE DE LA REPRESIÓN PENAL

No obstante la amplitud de las disposiciones constitucionales, puede explicarse que un funcionario público o particular, al leer determinado pasaje de una obra literaria, sienta atacado su criterio moral y reaccione violentamente. Pero más allá de la sensibilidad moral de una persona deben contemplarse también los fueros del escritor, y la única forma de encontrar un equilibrio entre extremos tan respetables, es atenerse a la ley escrita, en cuanto la misma es la expresión del criterio ético medio de la sociedad argentina, protegido por el Estado. En consecuencia para considerar delictuoso a un libro no basta que en su conjunto o en muchos de sus aspectos contraríe las normas morales del lector, sino que debe estar encuadrado en la disposición pertinente del Código Penal. Todo esto explica por qué hemos afirmado que *Punto Final* no es un libro que pueda ser condenado, cualquiera sea la opinión sobre su valor artístico y sobre el sentido social de su prédica.

En el título tercero, libro segundo del Código Penal, en que se protege la honestidad desde el punto de vista sexual, bajo la denominación de ultrajes al pudor, figura el artículo 128 que reprime "con prisión de quince días a un año, al que publicare, fabricare o reprodujere *libros, escritos, imágenes, y objetos obscenos*, y el que los expusiere, distribuyere o hiciere circular".

El respeto que ha existido en el país por la libre expresión de las ideas explica que una disposición de esta índole no figurara en el anterior Código Penal. La aparición de la norma en el Proyecto de 1906, según lo establecen claramente sus autores, tendía a reprimir "a los fabricantes o circuladores de imágenes y objetos obscenos, con que se invaden las calles de las

principales ciudades de la República...". No se contempla entonces, desde ningún aspecto, la actividad de los escritores, y los fundamentos tienen importancia ya que el artículo proyectado se convirtió en ley en el año 1921, al ser incorporado al Código Penal vigente, con el mismo sentido restrictivo y preciso.

La existencia de una disposición punitiva como la transcrita no puede ser entonces objetada, siempre que se la interprete en la forma que lo hemos indicado, o sea, en cuanto persigue el tipo de publicaciones pornográficas destinadas exclusivamente a excitar los instintos sexuales. No debe tratarse desde ningún aspecto de perseguir la actividad del escritor por más realista que sean sus descripciones o sus cuadros literarios, sino de imponer un castigo a una actividad delictuosa que naturalmente no es ni ha sido ejercitada por hombres de letras. Ni la libertad de expresión de las ideas, ni la literatura más realista pueden caer bajo la sanción del Código Penal.

El alcance que le dieron sus autores al mencionado artículo 128 ha sido respetado por la jurisprudencia, produciéndose fallos que hacen honor a nuestra magistratura. Como desgraciadamente algunas autoridades administrativas parecen no haber comprendido el alcance del criterio judicial, es conveniente puntualizar el resultado de distintas causas, para que el asunto quede perfectamente delimitado desde el punto de vista jurídico. La conclusión que desde ya puede adelantarse es que a pesar de la disposición del artículo 128, el escritor tiene por su rango de tal y por el amparo que le presta la Constitución Nacional el derecho de expresarse libremente, sin que las facultades de su creación artística ni el sentido revolucionario de su prédica frente a normas morales establecidas puedan estar sometidas a la coacción que implica la posibilidad de un proceso. Si la interpretación del artículo 128 fuera otra, estaría viciada de inconstitucionalidad.

LA LITERATURA REALISTA ANTE LOS TRIBUNALES ARGENTINOS

VII. QUÉ ES UNA OBRA OBSCENA

Para reforzar la interpretación general que hemos adelantado conviene realizar una exégesis gramatical y lógica del artículo 128, para fijar el área de aplicación del mismo. El artículo recordado castiga solo y exclusivamente a los libros, escritos, imágenes u objetos "obscenos". Es preciso, por lo tanto, determinar el alcance de esta expresión, pues todo lo que no sea obsceno no puede caer bajo la sanción penal.

Para que se advierta la importancia de fijar los límites de esta expresión conviene recordar que la Cámara del Crimen revocando una sentencia de Primera Instancia que había condenado al acusado en base a un

estudio del sentimiento de pudor, estableció "que la ley penal es *de aplicación restrictiva* y si el legislador ha empleado el término «*Obsceno*» de carácter restringido, *no es permitido ampliarlo bajo un pretendido estudio del sentimiento del pudor en nuestra sociedad*".

Según el Diccionario de la Academia (décima sexta edición, pág. 902) obsceno -del latín obscenus- es un adjetivo que significa "impúdico, torpe, ofensivo al pudor". A su vez, impúdico significa: deshonesto, sin pudor: e impúdicamente quiere decir: con cinismo, descaradamente. El alcance de la expresión: torpe, está explicado en el mismo Diccionario con las expresiones: deshonesto, impúdico, lascivo, ignominioso, indecoroso, infame.

La jurisprudencia, aplicando el artículo 128, respetó esta interpretación gramatical identificando el término "obsceno", con el de pornográfico, que determina con más precisión sus límites, y permitió asegurar la libre expresión de ideas por los escritores.

Es así que tiene establecido que el artículo 123 defiende el pudor público "contra las excitaciones a las pasiones sexuales, a la lujuria, y de las ideas de libertinaje que provocan los bajos instintos y los apetitos groseros empleando para calificar las obras el término de "*obsceno*". - (Causa BOUREL RICCI, Jur. Arg. T. II., pág. 414.).

En otras oportunidades ha dicho sobre el particular que "el término obsceno debe entenderse como todo aquello que por lo escrito o por la imagen tiende a excitar los instintos groseros y los bajos apetitos sexuales, ultrajando el pudor público y las buenas costumbres". (Causa RUBBI HERMANOS, Jur. Arg. T. 10, página 636.),

El señor juez y profesor, Dr. Benjamín Villegas Basavilbaso, ha dicho con acierto, en un fallo, que "obsceno no es sinónimo de inmoral. Inmoral es lo que se opone a la continencia de las costumbres sociales o a la cualidad que hace buenas las acciones humanas. La moralidad pública, en el concepto jurídico administrativo, debe ser estimada como el deber que tiene todo individuo de no lesionar en su vida externa aquellas formas o exigencias que la comunidad reconoce como límite señalado a la libertad y conducta del individuo. *Obsceno es lo impúdico, torpe y ofensivo al pudor; es la cualidad de la lascivia y de lo lúbrico; es la pompa de la deshonestidad*. Todo lo obsceno es inmoral, pero no todo lo inmoral es obsceno". (Causa MARABOLI, Jur. Arg. T. 75, pág. 388.)

Esta interpretación tan clara se funda, además de los casos citados, en antecedentes jurisprudenciales que conviene reproducir. "Licencioso es lo que ofende al pudor y *obsceno lo que lo ofende abiertamente*." (Causa FATTORI, Jur. Arg. T. 19, pág. 542.) "Que este Tribunal ha declarado reiteradamente que -el artículo 128 del Código Penal, limita la represión a los casos de obscenidad, *término restringido que deja fuera del alcance de la ley a lo que no sea groseramente impúdico y torpe, aun cuando no moral*." (Causa BLITZ, Jur. Arg. T. 37, pág. 1509.)

No conforme la justicia con la fijación de un criterio doctrinario tan preciso, se preocupó de dejar a salvo los derechos del escritor, en aclarar aún más las ideas, porque el concepto de obscenidad puede confundirse en ciertos casos con expresiones de dudosa moralidad o descripciones relacionadas con el sensualismo en sus diversas manifestaciones y que se encuentra, sin duda, en obras innumerables de artistas y escritores reputados y respetados de todos los tiempos". Por lo cual establece que corresponde tener en cuenta al aplicar las sanciones legales, *tanto la necesidad de proteger el pudor público*, y el mayor o menor ultraje a las buenas costumbres según el género de la obra incriminada y las circunstancias de su divulgación, *como los derechos inalienables del escritor y del artista*.

"En este sentido, con respecto al libro, es obvio por una parte, que las expresiones susceptibles de herir el pudor público tienen un alcance distinto y menos grave que las que se exteriorizan en la imagen, objetos y aún escritos distribuidos por la prensa y otros medios, desde *el momento que el libro sólo es leído por quien conscientemente lo adquiere*, y por la otra, que tratándose de una obra extensa y compleja por *definición, sólo de su conjunto puede deducirse si se trata de una producción destinada a herir el pudor público* o de la expresión de ideas o nociones científicas, filosóficas o simples conceptos de arte y de belleza."

"Por consiguiente, la existencia dentro de un libro de episodios licenciosos, aun cuando parezcan excesivos, no pueden servir por sí solos para calificar la obra de obscena, si la finalidad ideológica del mismo, del género de la obra con relación a esos episodios, de la forma sincera de la expresión artística y de la propia posición a veces del autor en las letras o en el arte, surge sin dificultad que se trata de una obra de ciencia, de estudio o de poesía."

"Resolver lo contrario importaría considerar como obscenas y reprimir su publicación a obras antiguas y clásicas de un alto valor artístico o con un interés de curiosidad, que contienen, sin duda alguna, episodios inmorales, licenciosos y aun obscenos, algunos hasta exclusivamente licenciosos, pero que reflejan la literatura y las costumbres de una época, como también una gran parte de la producción literaria moderna que puede jactarse, aun en ese género, de obras maestras indiscutibles." (Causa RUBBI - citada.)

En la causa DUPONT FARRE, la misma Cámara del Crimen advierte que el término obsceno deja un margen muy extenso para la interpretación y para lo arbitrario, para lo cual, ante este peligro "se hace necesario apreciar el carácter de la revista acusada con un criterio amplio de acuerdo con sus modalidades y su género, *sin dejarse llevar por una sensibilidad que se alarme de todo...*"

En otra oportunidad la Cámara admitió que una obra literaria, ya sea con finalidad artística o descriptiva, contenga obscenidades limitadas al tema, en cuyo caso dijo: "*el elemento obsceno es absorbida por el propósito legítimo o artístico*"; de modo que si las obscenidades vertidas se justifican y explican "por razonables exigencias de orden literario, o serios y

sanos propósitos de crítica social o institucional" no habría delito; pues éste existe cuando se revela la intención única y deliberada de herir los sentimientos del pudor público.

Una nueva limitación al interpretar el texto legal que venimos comentando resulta del examen del aspecto subjetivo de cada caso. En otras palabras de que no basta considerar la obra en su aspecto material, sino que debe investigarse la finalidad que haya tenido el autor. Ese criterio se estableció ya en la causa seguida contra Barón Biza por el señor juez Dr. Nicholson a juzgar el libro *El Derecho de Matar*. Posteriormente, el concepto fue precisado por el juez Dr. Arancibia Rodríguez al establecer que "teniendo en consideración que la *obsenidad de un acto no surge aislada y exclusivamente de su significado material objetito, sino también y principalmente de su significación subjetiva*, y que ésta no puede evaluarse sin examinar previamente el propósito o fin inmediato tenido en vista por el autor o autores, puesto que aparte de que ello conduciría, si fuere necesario, a la comprobación de la concurrencia de la malicia o el dolo, es lo que en el concepto social determina la calificación del acto como ultrajando al pudor, como indiferente o como excusable, aunque sea objetivamente grosero o impúdico".

"El pensamiento que inspiró al autor, el motivo ideológico inmediato, tendrá entonces que haberse enderezado a contrariar los sentimientos de honestidad y de moralidad pública. *Si el acto o la obra tiende a afianzar, a robustecer estos sentimientos, a consolidarlos, así sea mediante la exposición de temas escabrosos y el recurso científico o literario de exhibir casos reales o hipotéticos, la tacha de obsenidad no aparecería corroborada*, ni en consecuencia, la sociedad se sentiría afectada."

VIII. CASOS JUZGADOS POR NUESTROS TRIBUNALES

De la exposición concreta de los distintos casos juzgados por los Tribunales que iremos haciendo, resultará de modo indubitable, por simple comparación, que *Punto Final* es una obra que no puede ser considerada delictuosa.

La machona, de Víctor Margueritte. - La publicación en Buenos Aires de esta difundida obra dio lugar a un ruidoso proceso resolviendo la mayoría de la Cámara del Crimen que la difusión de la misma no constituía delito. (Año 1923 - Rubbi Hermanos. Jur. Arg. T. 10, pág. 636; Fallos T. II, pág. 446.) Para que se aprecie el valor de las consideraciones que realiza este alto Tribunal conviene advertir que el camarista Dr. González Roura, que consideró a la obra obscena, dejó establecido que "Víctor Margueritte trata el asunto jalonándolo con episodios de una inmoralidad pornográfica y torpe, agravada por un realismo descriptivo desusado y licencioso", agregando de que la represión de esos atentados al pudor no ataca el arte, pues el libro provoca en

muchos de sus lectores sugerencias malsanas por la forma escandalosa del desarrollo del argumento.

No obstante la dureza de esta calificación, la mayoría del Tribunal, integrada por los Doctores Seeber y Ramos Mejía, después de establecer en la forma que lo hemos adelantado, el criterio doctrinario de interpretación, considera que la obra no es punible. Dijeron sobre el particular: "En el caso, el libro *La Gargonne* es una novela, obra de un autor cuya reputación literaria, justificada o no, es notoria, y, ella, como las demás producciones del mismo autor, tiene por objeto el estudio de un medio social determinado, de la psicología de uno o varios tipos también determinados, presentando una mujer que sitúa en los lugares del libertinaje u otro que juzga conveniente a su estudio de costumbres y caracteres -propósito que surge, además de las cuestiones sociales, psicológicas y aun políticas que el autor promueve y desarrolla extensamente, hasta con pretensiones, trascendentales".

"Por consiguiente, el hecho de que el libro contenga varios episodios de libertinaje expuestos crudamente, tengan o no valor artístico esos episodios, y aun el libro entero para el intérprete, no puede quitarle a la obra su indiscutible propósito de estudio de costumbre, y por lo tanto, su carácter, de obra de arte y no de producción obscena sea que se trate de un original o de sus traducciones sinceras."

Revistas absueltas. - La absolución de distintas obras y revistas que tratan los temas sexuales demuestra que nuestros Tribunales, en el caso anterior, aplicaron un criterio jurídico firme, sin dejarse impresionar por la difusión de la obra y los prestigios del escritor. Conviene llamar la atención sobre el hecho de que se absolvió a varias revistas destinadas exclusivamente a tratar temas sexuales con criterio francamente licencioso.

En la Causa DUPONT FARRE se condena en Primera Instancia al acusado como propietario de una revista de género libre, pero la Cámara con el voto de los Doctores Ramos Mejía y Oribe absolvió al acusado por considerar que no podía existir represión penal "pues sólo aparece como una revista ligera, de género libre, y cuyas crudezas, propias de su género, ni pervierten, ni excitan pasiones, ni provocan instintos". (Fallos T. II, pág. 4.50).

Si para una revista como la incriminada, con ilustraciones que atentaban contra las buenas costumbres y que no tenía otro propósito que provocar sexualmente al lector, se tuvo un criterio tan amplio, resulta realmente incomprensible que pueda considerarse a *Punta Final* como una obra obscena.

En el caso BLITZ se vuelve a acusar a una revista de las llamadas de género libre, que con propósitos de lucro publican escenas escabrosas. Se trata de la llamada revista "Medianoche" que en una época no muy lejana tuviera tanta difusión. El juez, en base a un estudio del sentimiento del pudor, condena al acusado y la Cámara revoca ese pronunciamiento y la absuelve. Después de establecer el criterio doctrinario del artículo 128 del Código Penal dice textualmente con esta interpretación la revista incriminada no

caer bajo la citada disposición legal, porque sólo aparece como una revista de género ligera y libre que, *si bien tiene crudezas de dudoso buen gusto, no alcanza a esa obscenidad que pervierte*". (Jur. Arg. T. 37, pág. 1509).

Idéntico criterio se adopta en la causa instruida por la publicación de la revista "Caricatura universal": La justicia declara que la revista no cae bajo la sanción del artículo 128 "por cuanto si bien es incuestionable que por sus escritas, figuras, dibujos y avisos, mucho más que una revista humorística o picaresca *es una publicación licenciosa, torpe y dañosa a las buenas costumbres, no la es menos que no puede deducirse de su lectura y estampa que sea lúbrica, lujuriosa o impúdica*; sus crudezas no alcanzan a clasificarse como obscenas (causa AMADIO "La Ley" T. 14., pág. 373).

Películas obscenas: Contemporáneamente con el auge de las revistas licenciosas se han venido exhibiendo en Buenos Aires películas obscenas que como aquéllas, -bajo el manto del entretenimiento, no han tenido otro propósito que interesar al público bajo el aspecto sexual, con la consiguiente perversión, y con el único propósito de lucrar.

La gravedad de este medio de publicidad no necesita ser señalado y explica que en el reciente proyecto de Código Penal redactado por los Doctores Coll y Gómez se establezca una agravación de la pena para estos supuestos. Sin embargo, el criterio del Tribunal ha sido también amplio.

En la causa FATTORI en que se procesa al acusado por la exhibición de un film obsceno, la sala que integran los Doctores Ramos Mejía, Frugoni Zabala y Oribe, lo absuelve llegando a la conclusión que la película acusada *"si bien resulta libre y si se quiere inmoral, no es apreciada en su conjunto obscena no obstante su falta de valor artístico"*. (Jur. Arg. T. 19, pág. 542; Fallos T. 2, página 451.)

Otras obras absueltas: Para no seguir con la transcripción y referencia de los distintos fallos recaídas a propósito de libros considerados obscenos, pero absueltos en definitiva, nos referiremos a la causa KAPLAN seguida a propósito de la publicación de un trabajo titulado *La Canalla sexual*. Se absolvió al acusado estableciéndose que "fácil es observar que hay cierta dosis de mesura en las expresiones e imágenes, aunque el estilo sea descuidado y asaz grosero. Las descripciones carecen de belleza y hasta deprimen por la naturaleza del asunto, pero se advierte que por lo general, terminan en el límite justo en que su continuación podía degenerar en desenfreno narrativo".

"...No hay pues, allí, ni inmoralidad ni obscenidades; no se tiende a excitar las tendencias y los instintos antisociales; al contrario, se busca exhibirlos en todo su repugnante alcance para anatemizarlos y lograr su exterminio o siquiera para contribuir al mejoramiento social por virtud del conocimiento preventivo de esos vicios y de los artificiosos métodos que emplean sus cultivadores, para aumentar el número de las víctimas."

"Que el libro incriminado, como lo establece la sentencia apelada, juzgándolo con el criterio doctrinario que este Tribunal ha

aplicado en los 'casos que cita, no puede ser considerado como obsceno, pese al medio que describe y a las crudezas que tiene. La descripción del ambiente es objetiva y las escenas de sensualismo que relata, episódicas en el libro no le dan el carácter de obra obscena, desviándola del fin propuesto por el autor, según resulta de la introducción". (Jur. Arg. T. 63, pág. 1079.)

IX. SÍNTESIS DE LA JURISPRUDENCIA

El largo análisis de la jurisprudencia que hemos venido realizando es definitivo para apreciar la inculpabilidad de Barón Biza. Para aclarar aun más las ideas conviene insistir a través de una breve síntesis sobre el criterio sentado por la magistratura argentina para establecer si una obra cae o no bajo la sanción de los jueces.

1. - El artículo 128 debe interpretarse restrictivamente.
2. - Son delictuosas solamente las obras obscenas.
3. - Una obra inmoral, licenciosa o dañosa a las buenas costumbres no es punible por no ser obscena. Pues obscenidad no es sinónimo de inmoralidad.
4. - Al juzgar un caso, debe tenerse en cuenta tanto la necesidad de proteger el pudor público, como los derechos inalienables del escritor o artista.
5. - Es menos grave el contenido de un libro, que las exteriorizaciones de la imagen del objeto o de las publicaciones de la prensa, pues el libro solamente es leído por quien conscientemente lo adquiere. Sobre el particular debo observar que *Punto Final* lleva la etiqueta claramente legible en la que se deja constancia que es inconveniente para menores.
6. - Para juzgar un libro debe apreciárselo en su conjunto para saber si se trata de una producción destinada a herir el pudor público o a expresar ideas filosóficas o literarias.
7. - La existencia de períodos licenciosos aun crudos no es suficiente para calificar una obra de obscena si la finalidad ideológica del autor es otra.
8. - Para apreciar si una obra es obscena debe tenerse en cuenta si la misma está dedicada exclusivamente a la descripción de escenas sexuales o si se abordan otros problemas.
9. - Al juzgar la obscenidad de una obra no hay que dejarse llevar por una sensibilidad que se alarme de todo, pues *la ley no protege el pudor hipertrófico propio de determinados individuos educados en principios particularmente rígidos*; ya que no se trata del pudor ascético de los monjes ni de los ermitaños.

10. - Una obra no puede ser considerada obscena por tratar libremente temas sexuales y carecer de valor artístico.

11. - Para apreciar la obscenidad de una obra no puede atenderse solamente a su significado material y objetivo, sino muy especialmente al aspecto subjetivo, examinando el propósito que haya tenido el autor.

12. - La selección literaria no puede establecerla la justicia sino el criterio cultural de los lectores.

X. DOCTRINA

La doctrina nacional y extranjera es también completamente uniforme sobre la materia.

Como lo enseña Gómez (UI - 23-3) para que exista delito, los libros deben ser "lesivos del pudor público por su aptitud para excitar los bajos instintos sexuales. Obscenidad y pornografía son términos - equivalentes. *La obra científica o artística no pierde su carácter de tal por crudas y realistas que sus expresiones sean*, puesto que su *finalidad* no es la de lesionar el sentimiento social del pudor, ni tienen para ello la eficiencia necesaria, ausente, como está, la intención obscena del autor".

"... deberá tener presente, además, que la Ley no puede considerar lesivas del pudor las expresiones del arte, por crudas que sean, porque están inspiradas en el anhelo de provocar emociones estéticas y no impuros apetitos."

Como dice Rocco, citado por Gómez, "La Ley debe mantenerse lejana de la concepción ascética o anacoreta de la vida en relación al arte, y debe repudiar aquel sórdido criterio ético que impulsó, en otros tiempos, al sacrilegio artístico de cubrir figuras femeninas o desnudeces de niño, que el genio de la escultura y de la pintura había sabido retratar en obras maestras inmortales".

Las dos más grandes síntesis de la ciencia penal argentina de los últimos tiempos aconsejan mantener el alcance restringido de la ley penal, castigando solamente la "obscenidad" y no la inmoralidad, ni el recato social. Nos referimos al proyecto Coll-Gómez (art. 168) y al proyecto Peco (Art. 191).

CONCLUSIÓN

He llegado, Señor Juez, al final de esta defensa. Nos encontramos frente a un libro realista, que aborda agudos problemas de la moral y la vida argentina. Su autor, Barón Biza, hijo de un hogar ejemplar, es actualmente jefe de una familia que puede exhibir con orgullo burgués.

Benefactor de instituciones religiosas, político rebelde, no puede ser considerado como un elemento antisocial que tenga como propósito esencial herir los sentimientos de la colectividad.

La conclusión surge, pues, evidente: Ni el libro ni su autor pueden ser condenados. Si la obra lo merece será leída por millares de lectores, como ha ocurrido con sus trabajos anteriores. Mientras no se aclare esa incógnita que la justicia no puede develar, Barón Biza declara haber cumplido un deber de conciencia hacia sus hijos, al poner al desnudo ciertas vidas, para que su obra los coloque frente al terror y al horror del mal.

A quien pretenda juzgar la obra transcribiendo páginas sueltas que podrían ser ejemplo de descripciones muy realistas, podría contestarles Barón Biza, que el libro debe ser juzgado *en su conjunto, pues en esa forma resulta de una terrible moralidad*. Si el gran poeta Baudelaire exclamó ante su proceso, que "es la licencia de toda la literatura la que se pretende castigar en él", Barón Biza puede afirmar que en su obra se pretende *vengar la inmoralidad de grandes sectores de la vida argentina, ante los cuales se paralizan los resortes públicos*. Ejemplos recientes y dolorosos pueden ser exhibidos.

Aristóbulo Aráoz de Lamadrid
Bs. As. VII. 943.



Raúl junto a su gran amor, Myriam Stefford.

Obras de **Barón Biza** restauradas digitalmente:

1924 – Risas, Lágrimas y Sedas (cuentos)

1933 – Por qué me hice Revolucionario (política)

1933 – El Derecho de Matar 1º Edición (novela)

1935 – El Derecho de Matar 2º Edición (novela)

1941 – Punto Final (novela)

1941 – Lepra! (fragmentos)

1952 – Un Proceso Original (ensayo – autoría atribuida)

1959 – La Gran Mentira (fragmentos)

1963 – Todo Estaba Sucio (novela)

El presente volumen no tiene fin de lucro alguno. Está destinado exclusivamente a la recuperación histórica de la obra literaria de Raúl Barón Biza, ante la inacción de las editoriales argentinas.

Su restauración digital no implica compartir la totalidad de las opiniones del autor sino simplemente un interés en que sus trabajos estén al alcance de cualquiera.

Si esta colección te parece digna de ser difundida, compartila con tus amigos vía e-mail, o de la forma que creas más conveniente.

Si tenés otro libro de Raúl que no hayamos restaurado todavía y quisieras compartirlo con el mundo, por favor escribí a:
aleminolfi@yahoo.com.ar
waisberggabriel@hotmail.com

Los restauradores.

Agradecemos muy especialmente a: José Playo, Walterio y todo el staff de la Revista Peinate; Emilio Fernández Cicco; Hernán Isnardi; Natalia Rossi; Efraín Bischoff; Ofelia Gutiérrez Barón; al blog Inmaculada Decepción; Luis Rosanova; Ana María Bazán; Dra. Marcela Aspell; a la Junta Provincial de Historia de Córdoba; a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) y a todos los que pudiéramos haber pasado por alto en esta ocasión, y que de una forma u otra han colaborado con nosotros.